



INSTITUTO CARO Y CUERVO

BOGOTÁ — COLOMBIA

APARTADO AÉREO 20002

NOTICIAS CULTURALES

NÚMERO 111

1º DE ABRIL DE 1970

ESCRIBE ENRIQUE ZULETA ALVAREZ

LA INICIACION FILOSOFICA DE MIGUEL ANTONIO CARO

EL BENTHAMISMO Y EL AMBIENTE FILOSÓFICO DE COLOMBIA

La filosofía fue una de las preocupaciones más hondas de MIGUEL ANTONIO CARO (1843-1909), especialmente en los años juveniles, cuando buscaba un fundamento sólido para su personalidad intelectual. Más tarde, las circunstancias de las luchas ideológicas de su tiempo lo obligaron a realizar una tarea de divulgación, apologética y polémica, en la cual la filosofía ocupó un lugar primerísimo. Pero para comprender bien la personalidad filosófica de Caro, es preciso referirse, antes, al panorama de las ideas en Colombia en el siglo XIX.

Dice Jaramillo Uribe: "Al finalizar el siglo XVIII y a comienzos del XIX, la reacción contra la filosofía escolástica que constituyó la base de la educación colonial y el entusiasmo por las ciencias positivas modernas crearon en Nueva Granada un clima intelectual propicio a la introducción de formas de pensamiento filosófico como el benthamismo y la filosofía sensualista de Destutt de Tracy"¹.

¿Cuál fue la razón de la popularidad en Colombia de estas corrientes filosóficas, de tan poca entidad doctrinaria, por otra parte? En lo que a Bentham se refiere, su prestigio fue mayor en América que en su propio país. Extravagante personaje y filósofo simplista y superficial, Bentham fue el representante principal de la escuela "utilitarista", según la cual el placer y el dolor son los únicos motivos de la acción y el objeto de la política es asegurar el mayor bien para el mayor número. Para conseguir este resultado, Bentham propugnaba una reforma moral y jurídica que no tenía más límites que la exactitud supuesta de los principios que él deducía del estudio del placer y del dolor.

En el clima de desprestigio de la filosofía tradicional y de las instituciones hispánicas que se vivió en Hispanoamérica a fines del siglo XVIII y principios del XIX, situación que se extremó a consecuencia de la propaganda de guerra contra España en los años de la emancipación, es explicable que los hispanoamericanos volvieran los ojos a las figuras y a las ideas del mundo anglo-sajón, el cual se presentaba como triunfante en un mundo que ponía como valor primordial el éxito económico.

El "utilitarismo" de Bentham se ofrecía como una ideología de la transformación jurídica y moral: simple, experimental, natural, científica. Brindaba un esquema sencillo para la revolución antitradicional; y tanto en Europa como en América se puso de moda consultar a aquel inglés práctico que, además de haber inventado un modelo novedoso de prisión —el Panóptico—, redactaba leyes políticas de aplicación universal.

Bolívar tuvo relaciones epistolares con Bentham y en 1811, en el periódico que publicaba Antonio Nariño, *La Bagatela*, apareció un artículo de Bentham sobre la libertad de imprenta, reproducido de un periódico que se publicaba en español en Londres, bajo la dirección de Blanco White.

Quizá Nariño conoció a Bentham durante un viaje que hizo por Inglaterra; pero ciertamente fueron amigos del filósofo inglés Francisco de Miranda, Bolívar y Francisco de Paula Santander. Fue precisamente este último quien, como una muestra de su gran admiración por los principios de Bentham, introdujo, en 1826, la enseñanza de los mismos en Colombia, en materia de legislación civil y penal.

La llegada de la filosofía benthamista a Colombia levantó, de inmediato, una tormenta ideológica. Se formaron bandos, y mientras la defendían laicistas y liberales, la atacaban los conservadores y clericales. No hubo personalidad relevante en el ambiente colombiano que no se viera obligada a tomar partido en esta lucha y por ello se ha dicho, con razón, que a partir de este enfrentamiento comenzaron a perfilarse los dos partidos tradicionales de Colombia: el liberal y el conservador.

Pero el motivo de esta pugna no era, desde luego, de índole exclusivamente filosófica. Así lo ha dicho muy bien el Sr. Rojas: "El éxito del filósofo inglés en determinados círculos políticos se debió no precisamente a sus doctrinas materialistas y utilitaristas sino a sus doctrinas de tipo liberal. En Bentham vieron algunos de nuestros hombres más prominentes el defensor aguerrido de las nuevas ideas que a principios del siglo en Europa y especialmente en Inglaterra, le estaban creando una fisonomía propia de la época: una fisonomía liberal"².

Son, además, muy interesantes las indicaciones que hace Rojas con relación a otras causas del prestigio de Bentham: los constitucionalistas y políticos liberales de España se inspiraron en sus ideas y de allá pasó su fama a Hispanoamérica.

Como resultado del conflicto ideológico en Colombia, el propio Santander suspendió la obligatoriedad de la enseñanza de Bentham en 1827, y en 1828 Bolívar decretó análoga prohibición para la universidad, con lo cual dio un corte a la polémica. Esta medida del Libertador provocó la indignación de Bentham, quien en cartas de la época calificó duramente a Bolívar.

Sea cual fuere la razón de la prohibición decretada por Bolívar —convicción personal adversa a las doctrinas de Bentham, deseos de lograr la pacificación de los colombianos, conservatismo político, etc.—, el hecho fue que los ánimos se tranquilizaron hasta 1835, cuando Santander regresó de Europa y restableció la enseñanza de las doctrinas de Bentham, según el citado Rojas, porque su experiencia europea le había mostrado la significación que allá tenía el filósofo inglés y porque sus amigos eran partidarios acérrimos del benthamismo.

Los debates se reanudaron con más apasionamiento y las medidas oficiales en pro y en contra del benthamismo oscilaban de acuerdo con la presencia en el gobierno de liberales y conserva-

dores, para quienes esta doctrina comportaba una definición política.

Junto con las doctrinas de Bentham se difundían también en Colombia los principios de la "Ideología" del francés Destutt de Tracy, cuyas teorías psicológicas sensualistas y materialistas estaban acompañadas de otras relativas a la educación y a la moral; todo lo cual despertó resistencias enconadas por parte de los amigos de la filosofía católica tradicional.

Las ideas de Bentham y de Destutt de Tracy tuvieron un defensor ferviente en la persona del Dr. Vicente Azuero, figura importante en la historia de las ideas políticas colombianas. Azuero fue uno de los redactores del programa del Partido Liberal, estuvo muy próximo al General Santander y protagonizó debates muy famosos con los tradicionalistas. En efecto, espíritu polémico, el Dr. Azuero mantuvo una controversia muy sonada con el cura Francisco Margallo, en uno de esos choques con la Iglesia que jalonan esta etapa de polémicas ideológicas. Según Jaramillo Uribe fue posiblemente Azuero el autor de los artículos en defensa de Bentham que aparecieron en *El Constitucional de Cundinamarca*, en 1836, en los cuales se hizo la exposición más lúcida de los principios utilitaristas³.

Otro de los partidarios más activos del utilitarismo fue D. Ezequiel Rojas, profesor en derecho y en filosofía, Rector de la Universidad y Director del Colegio de San Bartolomé. Rojas no parece haber sido hombre de gran capacidad especulativa ni literaria, y sin embargo tuvo importancia notable en la sociedad de su tiempo. Su obra más famosa fue una *Filosofía moral* (1868), simplista y dogmática, de lectura casi imposible en la actualidad, según Jaramillo Uribe⁴.

Ya se ha dicho que el benthamismo fue una filosofía pobrísima que no produjo obra alguna de valor considerable, ni en Europa ni en América. Por ello no debe sorprendernos que en Colombia engendrara una progenie desmedrada desde el punto de vista especulativo y filosófico. Sin embargo, si nos atenemos a la historia de las ideas, la "batalla del benthamismo" es muy importante y nos ofrece un ejemplo cabal de la sensibilidad colombiana en aquellos años para la discusión de los temas políticos y filosóficos.

El auge del "utilitarismo" de Bentham y del "sensualismo" de Destutt de Tracy duró, pues, alrededor de cincuenta años, cuando ya en Europa casi ni se conservaban los rastros de su enseñanza. Menéndez Pelayo así lo hace notar, cuan-

do se refiere a D. Ramón de Salas, catedrático de Salamanca, traductor de Bentham y autor de obras de filosofía utilitarista que se difundieron por América: "Su desvergonzado utilitarismo —dice D. Marcelino— ha sido, y aún no sé si continúa siendo, filosofía oficial en las escuelas de algunas repúblicas americanas, especialmente de la Nueva Granada o Colombia". Y en otro lugar agrega: "En Nueva Granada y otras repúblicas, el utilitarismo de Salas y la ideología de Tracy han sido ciencia oficial hasta hace pocos años, dato bien triste y elocuente por sí solo"⁵.

Estas doctrinas filosóficas no se impusieron por su valor especulativo, sino por su significación política liberal. Y su dominio se mantuvo merced al apoyo que le prestaron los gobernantes de esta tendencia, quienes facilitaron su difusión, impusieron a veces la obligación de su enseñanza y dieron lugar eminente a sus partidarios más entusiastas. A favor del triunfo de estas ideas estaba, en primer lugar, la debilidad que sus adversarios mostraron en los comienzos del enfrentamiento ideológico.

En efecto, el tradicionalismo no disponía de una base doctrinaria sólida, como resultado de la decadencia de los estudios de este tipo en Hispanoamérica desde fines del siglo XVIII. En segundo lugar, contribuyó al afianzamiento de las nuevas ideas, la preparación escasa del clero católico y el desorden y la anarquía en que éste había quedado como consecuencia de la ruptura con Europa y el Vaticano que significó, en sus primeros momentos, la guerra de Independencia.

Jaramillo Uribe apunta, sin embargo, que la influencia del "utilitarismo" benthamista no debe verse desde el punto de vista de sus adversarios, exclusivamente. La verdad es que no se produjo tal desborde materialista, tan grosero goce de los sentidos ni esa inmoralidad abominable... Según este autor, fue una filosofía burguesa fundada sobre el concepto de seguridad, a la cual se debe no poco del espíritu de mesura y amor al trabajo que caracterizó a los radicales colombianos en la segunda mitad del siglo XIX. No obstante esta salvedad, el mismo autor cree que el benthamismo introdujo elementos extraños a la tradición nacional, que perturbaron la conciencia colombiana con su rechazo de la ética cristiana y del valor de la religión.

EL ROMANTICISMO

A partir de 1840 el ambiente filosófico colombiano presentaba una gran complejidad. Irrum-

pieron las corrientes del pensamiento romántico, fenómeno tardío, como en casi toda Hispanoamérica, que vino a integrar el repertorio de las doctrinas defendidas por quienes alentaban una voluntad de modernidad. Hasta las posiciones católicas, como consecuencia de un proceso que se había operado antes en Europa, se vieron penetradas por ideas filosóficas y políticas de cuño romántico.

Las nuevas corrientes de pensamiento provenían de España y de Francia, y en ellas alternaban autores y obras de valor muy dispar, pero todas dominadas por el espíritu revolucionario. 1848 fue, como se sabe, una fecha clave. La revolución que ocurrió en Francia conmovió a todo el mundo que vivía pendiente de las ideas del romanticismo social francés; pero en realidad, como dice López de Mesa, la influencia de las mismas en Colombia databa, por lo menos de 1846: "Era de verse el alborozo que Lamartine produjo con *Los Girondinos*, Louis Blanc con su fogata socialista, Mazzini con la gesta reivindicadora de su italianismo, y hasta Michelet con su encomio de la entonces amortecida Revolución Francesa, que Taine habría de maltratar más adelante"⁶.

Este repertorio de nombres es el mismo que se encuentra en la base de otros movimientos románticos hispanoamericanos: en filosofía social, Fourier, Saint-Simon, Proudhon y Bastiat; en literatura, Bernardino de Saint-Pierre, Lamartine, Chateaubriand, Dumas y Víctor Hugo. Desde el ángulo católico también venían influencias: desde el "Tradicionalismo" de Joseph de Maistre y de Bonald hasta el evangelismo democrático y social de Lamennais.

España tuvo parte muy principal en este cambio de orientación ideológica. Los nombres de románticos como Espronceda, Zorrilla, Larra y el Duque de Rivas se mezclaron con los pensadores del catolicismo tradicional, tales como Balmes y Donoso Cortés.

En este clima confuso y febril, en el cual se cruzaban las influencias de corrientes ideológicas distintas, muchas veces contradictorias, donde podía verse la presencia de ideas tradicionales y de doctrinas nuevas e inquietantes, en este ambiente, pues, eran comunes los conflictos intelectuales y morales. Una figura que los refleja de modo ejemplar fue la de José Eusebio Caro (1817-1853), padre de Miguel Antonio.

Jaramillo Uribe distingue, en la obra del primero, tres grandes etapas: la del romanticismo

político, bajo la influencia del utopismo de Saint-Simon, de Comte y de Bastiat; la de un realismo más equilibrado, sobre las lecturas de liberales como Tocqueville y Stuart Mill y católicos tradicionalistas franceses y españoles: de Maistre, de Bonald y Balmes; y, por último, la de un positivismo influenciado por el economismo liberal, el ejemplo norteamericano y el primigenio romanticismo político.

Es muy interesante ver que, en la primera etapa, José Eusebio Caro, como todos los jóvenes de su tiempo, cayó bajo la influencia del inevitable Bentham. Así lo ha relatado su hijo en una página del famoso estudio biográfico que le dedicó: "Una librería puesta a su disposición por un amigo le proporcionó el amargo placer de leerse (1837) lo más malo que ha salido de las prensas francesas: las obras de Voltaire y muchas de los enciclopedistas contemporáneos o discípulos de aquél: Holbach, Volney, Condorcet. Este último, padre de las modernas utopías basadas en el principio de la perfectibilidad de la humanidad, hizo fuerte impresión en el ánimo de Caro. Agréguese a esto que había estudiado legislación e ideología por Bentham y Tracy. Perdida la clave de la fe, trataba en vano, con largas cavilaciones, de hallar camino seguro a su razón". Y agrega más adelante: "Sintiendo en sí la necesidad imperiosa de creer, no desdeñaba las obras de la filosofía católica: bien por el contrario, meditó las de Senac, Gerbert, Bonald y De Maistre; posteriormente leyó a Balmes, y como buscaba la verdad de buena fe, volvió a sus antiguas creencias: *circumfulsit eum lux de coelo*, pudiendo con tranquila serenidad decir adiós a sus antiguos maestros y amigos:

*Vivo et regno simul ista reliqui
Quae vos coelum fertis rumore secundo*"⁷.

De este modo, José Eusebio Caro, que en 1836 se había pronunciado en defensa del sistema de Bentham, se convirtió en uno de sus más tenaces impugnadores, como puede verse en la carta que dirigió, en 1842, al Sr. D. Joaquín Mosquera: *Sobre el principio utilitario enseñado como teoría moral en nuestros colegios, y sobre la relación que hay entre las doctrinas y las costumbres*. Este texto es, para Jaramillo Uribe, uno de los alegatos más vigorosos escritos contra el benthamismo en Colombia durante el siglo XIX, y forma parte de una obra doctrinaria y filosófica de calidad superior, la cual acredita las dotes

de José Eusebio Caro, gran poeta romántico y pensador original.

ROMANTICISMO Y TRADICIONALISMO

Hemos visto, pues, cómo en el pensamiento de algunos de los críticos del "Utilitarismo" de Bentham y del "Sensualismo" de Tracy estaba presente la influencia de autores católicos, que compartían con los románticos muchas ideas en materia de filosofía social y política.

En Colombia — como en casi todos los países hispanoamericanos — se produjo el arribo de las corrientes del pensamiento católico vigentes en Europa, y especialmente en Francia y en España, con toda la complejidad que aquellas involucraban. El tradicionalismo, por un lado, y el romanticismo, por el otro, convergían para producir una tendencia que conservaba elementos de ambos; por modo tal que se llegaba a hacer la apología del catolicismo con estilo y procedimientos románticos; y siempre con un sentido social que parecía ser la nota principal de la época.

El tradicionalismo francés, con sus dos grandes figuras, Joseph de Maistre y Louis de Bonald, había afirmado el fideísmo, según el cual es la fe y no la razón el criterio de certidumbre sobre la existencia de Dios, la autoridad de las Escrituras y la verdad de la religión. Esta filosofía se oponía tanto al racionalismo filosófico del siglo XVIII, como a las instituciones democráticas surgidas de la Revolución Francesa de 1789. Por ello, sus relaciones con el romanticismo son muy singulares.

Como es bien sabido, el romanticismo surgió como una oposición al neoclasicismo del siglo XVIII; criticó al racionalismo frío y normativista y propuso, en su lugar, una actitud que exaltaba el sentimiento, la pasión, las formas oscuras de la irracionalidad. En el romanticismo se originó una comprensión nueva de la realidad, en sus dimensiones de pasado, presente y futuro. La postura romántica significó el retorno a un sentimiento admirativo del pasado, cuyas formas se idealizaron. Se restauró la importancia del Cristianismo y de la Edad Media, tan denostados en el siglo anterior. La tradición adquirió, así, una significación esencial como base de una actitud humana que había rechazado el criterio racionalista exagerado. Religión y tradición son, por lo tanto, dos conceptos claves para entender el romanticismo.

Surgió, también, un nuevo sentido de la historia, que debía ser filosófica, esto es, debía cap-

tar la ley del desarrollo universal de la humanidad, dentro de la cual adquiriría significación especial el plan de la Providencia.

También es muy importante la reivindicación que hizo el romanticismo de la personalidad singular, tanto del hombre como de los pueblos y sus culturas. Aparece aquí su comprensión del presente; esa sensibilidad alerta a la realidad concreta y a la influencia determinante de la situación histórica, de la geografía, del paisaje natural, de las peculiaridades culturales y sociales. En el romanticismo alentaba la convicción de que existía una armonía secreta y providencial entre lo singular y lo universal, cuyo descubrimiento se encomendaba a la historia iluminada por la filosofía.

El sentido de la historia y el de la realidad presente se proyectan, para el romanticismo, hacia un plano de progreso futuro, cuyo sentido de perfectibilidad infinita era una pervivencia del utopismo iluminista del siglo XVIII; sólo que ahora este desarrollo de la humanidad abarcaba una realidad muchísimo más rica y matizada. Su poderoso aliento poético le permitía, además, encarar con ánimo profético la realización de un programa de acción concreta, que iba desde la afirmación de los nacionalismos hasta la construcción de las grandes disciplinas de la ciencia y la historia, mientras despertaba el sentido de lo social a impulsos de un humanitarismo fraternal y sentimental.

El tradicionalismo católico, con su afirmación fideísta, es, pues, una corriente de pensamiento típicamente romántica. De Maistre y de Bonald fueron en Francia sus principales figuras, y sus doctrinas filosóficas y políticas constituyeron el arsenal principal de los apologistas y polemistas católicos en las primeras décadas del siglo XIX. Recuérdese, además, que por esos años los estudios de la filosofía escolástica tradicional se hallaban en una decadencia relativa y que faltaban grandes pensadores católicos de esta tendencia; todo lo cual explica que una filosofía como la del tradicionalismo, que en realidad carecía de hondura metafísica, haya podido representar un papel tan importante para el catolicismo.

Como dijimos, las preocupaciones sociales y políticas eran tanto o más importantes que las filosóficas. Por ello es del mayor interés mencionar a una figura vinculada al principio de su carrera al tradicionalismo: Felicité de Lamennais (1782-1854), quien se caracterizó por buscar un acuerdo entre la Iglesia y el mundo moderno. Fundó para ello un movimiento católico liberal que fue

extremando sus afirmaciones hasta caer en la herejía y en la subsiguiente condena por parte de Roma; no sin que antes le acompañara un grupo de las personalidades más notables del catolicismo francés. En efecto, entre sus partidarios estuvieron Lacordaire y Montalembert, cuyas obras eran entonces muy leídas entre los católicos, y hasta el mismo Ozanam, en su juventud, estuvo muy próximo a este movimiento.

El catolicismo liberal de Lamennais se definió por su defensa de una democracia social, con lo cual coincidió con otras corrientes del romanticismo que se acercaban al mismo problema por distintas vías ideológicas⁸.

El tradicionalismo tuvo, también, sus representantes en España, donde se produjo un movimiento análogo al de Francia tanto en la filosofía como en la política, a impulsos del mismo romanticismo, pero, claro está, el fenómeno español tuvo características propias muy marcadas.

Desde el punto de vista de las ideas que influirán en Colombia, importa señalar, en primer lugar, el nombre de Jaime Balmes (1810-1848), a quien, sin embargo, no podríamos calificar rotundamente de "tradicionalista" en filosofía, pues como dice Menéndez Pelayo, la obra de Balmes fue "una independiente manifestación del espiritualismo cristiano"⁹. En ella se mostró una actitud ecléctica que asumía lo esencial del pensamiento católico sin desdeñar los aportes de los sistemas modernos, tales como los de Descartes, Leibniz y la llamada "escuela escocesa", esta última de tan grande influencia en España e Hispanoamérica.

Entre los católicos hispanoamericanos del siglo XIX, Balmes gozó de un gran renombre como filósofo y pensador político. Su obra de apologista y polemista se presentó como un intento de conciliación de lo tradicional con las tendencias modernas, sin perder, por ello, la fisonomía católica. Asimismo fue Balmes uno de los primeros en abrirse a los problemas sociales, de acuerdo con la tendencia general de su tiempo y en la cual, como se ha dicho, podía advertirse tanto la presencia de corrientes socialistas como católicas. La Iglesia, es sabido, propugnó un movimiento en ese sentido y el Papa León XIII fue una de sus figuras más relevantes.

La filosofía y la sociología de Balmes influyeron decisivamente en Hispanoamérica, y Colombia no fue una excepción. Pero también debe mencionarse a otro español, Juan Donoso Cortés (1809-1853), literato, orador, político y ensayista,

cuya obra polémica y apologética impresionó vivamente en su tiempo. Nos referimos, desde luego, a aquel aspecto de la misma que corresponde a la etapa posterior a su conversión religiosa.

El pensamiento de Donoso Cortés debe adscribirse, sin duda, al tradicionalismo filosófico de la escuela de Bonald, escepticismo con respecto a la eficacia y al poder de la razón humana, además de otras doctrinas filosóficas y teológicas que caen fuera de la ortodoxia católica y que, según Menéndez Pelayo, se deben a sus "extremosidades meridionales de expresión: Calamidad del estilo oratorio que se va tras de la imagen, la expresión original, la paradoja o la ingeniosidad y que por lograr un efecto, no duda en sacrificar lo exacto y preciso a lo brillante"¹⁰. Por lo demás, aclara D. Marcelino, Donoso estuvo al margen del movimiento de restauración y había leído sobre todo a autores franceses de lenguaje poco riguroso. Pero, no obstante estos reparos, para la opinión católica tradicionalista, la obra de Donoso se presenta con características ejemplares de originalidad, firmeza y profundidad dentro del panorama del catolicismo hispánico del siglo XIX.

EL TRADICIONALISMO EN COLOMBIA

Como dijimos anteriormente, el ambiente intelectual de Colombia durante gran parte del siglo XIX estuvo dominado por la polémica entre los partidarios del pensamiento liberal y moderno y los católicos tradicionalistas.

Quienes defendieron el "Utilitarismo" benthamista fueron derivando, más tarde, hacia tendencias más modernas, dentro de la misma corriente. Gran impacto fue, así, el del positivismo, en sus diversas formas y en varias disciplinas científicas. Así fue conocido Spencer, quien tuvo poco auge sin embargo; Taine; Renán —de gran influencia en los medios anticatólicos de su tiempo—; Paul Janet; Luis Büchner; John W. Draper y Charles Darwin, cuyas obras causaron profunda impresión. Muchos de estos autores eran de valor secundario, desde luego, pero representaron en su época tendencias polémicas y críticas que los hacían ser bien acogidos por quienes buscaban argumentos en una contienda que desbordaba el plano filosófico para convertirse en política.

Los católicos, por su parte, fundaban su pensamiento en las fuentes tradicionales de la Iglesia, en un sentido muy general; pero no debemos olvidar que por razones históricas y culturales el catolicismo hispanoamericano no mantenía una

relación viva y estrecha con lo más valioso de la tradición literaria propia. La decadencia de los estudios clásicos, el descrédito de la literatura española, la ignorancia del latín, el abandono de la Escolástica dentro de la misma Iglesia y el espíritu de los tiempos modernos, al cual era muy difícil escapar a pesar de los prejuicios y las prevenciones, fueron otros tantos factores entre los que contribuyeron a empobrecer el arsenal intelectual que manejaba el catolicismo hispanoamericano. Colombia tampoco era una excepción dentro de este panorama general.

A las ya mencionadas influencias de Bossuet, de Maistre, Chateaubriand, de Bonald y Donoso Cortés, se sumó una muy significativa: la de John Henry Newman, inspirador del Movimiento de Oxford (1845), quien luego de su conversión al catolicismo llegó a ser Cardenal y escribió una obra filosófica de gran valor.

Balmes comenzó a difundirse alrededor de 1848 y sus obras fueron muy bien recibidas en el grupo conservador de José Eusebio Caro y Mariano Ospina Rodríguez, a cuyo cargo estuvo, precisamente, la redacción del Programa del Partido Conservador en 1849. Los polemistas católicos, nos informa Valderrama Andrade, además de Balmes conocían a autores como Sanseverino, Liberatore, Ceferino González, Ginebra, Prisco, Vallet, Mercier, Urráburu Moigno, Wiseman, Bougaud y Cantú¹¹.

La reacción anti-benthamista en Colombia estuvo a cargo de figuras estrechamente vinculadas al pensamiento católico tradicionalista. Por esta razón, la polémica se alimentó con ideas y argumentos extraídos del repertorio propio de los tradicionalistas franceses y españoles.

Como se verá luego en el caso de Miguel Antonio Caro, esta pugna tuvo una primera etapa que transcurrió bajo el predominio del Tradicionalismo filosófico. Una segunda etapa corresponderá a la obra de Monseñor Rafael María Carrasquilla, cuya acción se desarrolló, sobre todo, en el tradicional Colegio del Rosario bajo la influencia de la llamada "Escuela de Lovaina".

Debe señalarse, además, que la aparición y subsiguiente actividad de estas corrientes del pensamiento católico coincidieron con un hecho importante: la restauración de los estudios de filosofía escolástica tomista. En efecto, en 1878 el Papa León XIII promulgó la Encíclica *Aeternis Patris*, la cual colocó el sistema escolástico de Santo Tomás de Aquino como base de la filosofía católica. Se volvía, así, al estudio del Tomismo, que

desde luego no había sido abandonado nunca por completo pero estaba más o menos relegado a una situación de menor importancia. A partir de ese momento el pensamiento católico consideró que superaba la confusión originada por el trato con autores de jerarquía inferior y de doctrina dudosa, como lo fueron los tradicionalistas por otra parte.

ACTIVIDAD FILOSÓFICA DE CARO

Caro demostró interés por los problemas filosóficos desde su primera juventud. Favoreció esta vocación el tipo de estudios que constituyó la base de su personalidad intelectual y moral: las humanidades clásicas y el ahondar en los temas religiosos y teológicos. Desde que comenzó a estudiar con los jesuitas en el Colegio de San Bartolomé (1858) hasta su iniciación juvenil como profesor de filosofía y culminar en su producción escrita de ensayista y polemista, Caro no dejó jamás de sentir por la filosofía un amor y un respeto extraordinarios.

Cabe preguntarse, sin embargo y ante todo, si Caro fue en realidad un filósofo. Muchos estudiosos se han planteado esta interrogación. Valderrama Andrade responde, con acierto según nuestra opinión, que sólo con un criterio muy amplio y poco riguroso puede Caro ser considerado filósofo. Aparte de que no tuvo un sistema peculiar de ideas, Caro no hizo de la filosofía una actividad orientada por un propósito esencialmente especulativo. Como dice Valderrama Andrade, fue "un pensador en el sentido pleno del vocablo; fue un hombre singularmente inquieto por los problemas propios del espíritu y por la resonancia que éstos suelen tener en la vida"¹².

Caro se formó en la lectura de los autores españoles, franceses e ingleses que estaban más en boga en su tiempo; para no citar, desde luego, a los clásicos latinos, de importancia fundamental para su educación literaria. Tuvo predilección, como es lógico, por los autores católicos, pero no faltaron aquellos que, sin serlo, podían encuadrarse dentro de una tendencia ecléctica o espiritualista. Prestó, por lo tanto, mucha atención a filósofos, teólogos, literatos y apologistas como Bossuet, Lacordaire, de Maistre, de Bonald, Cantú, Jouffroy, Joubert, Newman, Macaulay, Balmes, Donoso Cortés y Menéndez Pelayo.

No parece que le hayan sido familiares, por lo menos de primera mano, los grandes autores de la Escolástica. Como ya dijimos, este tipo de fuentes no era muy frecuentado ni siquiera por

los intelectuales católicos. Habrá que esperar a la restauración del Tomismo —mencionada anteriormente— y al auge de los estudios de historia de la filosofía antigua y medieval que se manifestó en Europa en la segunda mitad del siglo XIX.

Sostiene Valderrama Andrade que Caro, en líneas generales, no conoció a los grandes pensadores clásicos de la Iglesia: San Agustín, San Buenaventura, Duns Scoto y Santo Tomás de Aquino. Y en cuanto a este último, claro está que Caro no pertenece a su Escuela: "Caro —dice Valderrama—, por su formación balmesiana y tradicionalista, no podía ser tomista, aunque es cierto que por la firmeza de su lógica parece ser un escolástico, y aunque es evidente que en su pensamiento político está muy cerca de Santo Tomás"¹³.

Jaramillo Uribe, por su parte, concede a Balmes una importancia decisiva en la formación del pensamiento filosófico de Caro. A Balmes se deberían tres elementos que entran en la composición del mismo, ya desde sus trabajos juveniles: el racionalismo cartesiano, el tomismo y la filosofía escocesa. De todos ellos, el primero dejará honda huella en Caro, según este autor, pues el racionalismo "fue sin duda uno de los rasgos más característicos de la actitud mental de Caro"¹⁴. Racionalismo, claro está, entendido en su sentido filosófico estricto y desprovisto de toda implicancia religiosa. Para Jaramillo Uribe la postura filosófica de Caro guarda una estrecha relación de semejanza con la de Balmes y Menéndez Pelayo, quienes, como es sabido, conservaron frente a la Escolástica una actitud crítica y selectiva.

Adscrito, pues, al tradicionalismo filosófico, frecuentador asiduo de la literatura de su tiempo y con una formación básica recibida de los jesuitas (si bien Suárez apenas si es mencionado en los trabajos filosóficos y religiosos de nuestro autor), Caro ofrece un pensamiento que refleja el estado de las ideas de un católico hispanoamericano del siglo XIX. En su inteligencia se daban cita corrientes y autores muy heterogéneos, a veces contradictorios entre sí, pero este panorama complejo estaba ordenado por una voluntad formidable de unidad espiritual que provenía de su religiosidad profunda. Este es un hecho de importancia esencial para comprender el pensamiento de Miguel Antonio Caro.

LOS CURSOS

Los polemistas conservadores colombianos estaban familiarizados con las obras de tomistas

franceses, españoles e italianos, y por ello, cuando Caro comenzó a enseñar filosofía en el Colegio de Pío X, usaba — por lo menos desde 1865 — un manual de filosofía escolástica escrito por Cayetano Sanseverino.

Sin embargo, el cuadro complejo y heterogéneo que, como dijimos, presentaban las ideas en esa época, se advierte cuando se consideran los programas de los cursos de filosofía dictados por Caro.

Veamos el que corresponde a 1867. Sorprende, en primer lugar, la estructura en que están dispuestos los temas, la cual responde a una mezcla de la concepción clásica de la Lógica con aquella que puede hallarse en la *Ideología* de Destutt de Tracy: el segundo tema del curso era, precisamente, “Ideología” y allí se estudiaban la sensación y la idea, junto a las ideas de finito e infinito, sustancia, modificación, causa, efecto, tiempo y espacio.

En la tercera parte de este curso se estudiaba la “Gramática general”, de acuerdo con la misma inspiración en la *Ideología*, en la cuarta, la “Psicología”, y en la quinta, la “Teología natural”. La presencia de la *Ideología* es tanto más notable cuanto que se trataba de un curso de filosofía elemental que se impartía en un seminario católico y que Miguel Antonio Caro se opuso siempre a la enseñanza de las ideas de Bentham y Destutt de Tracy.

En el programa para el curso de 1868 también se da el mismo cuadro heterogéneo de tendencias y escuelas. Así, por ejemplo, en Psicología se usaba el texto de Amadeo Jacques, bien que con “alteraciones y adiciones introducidas por el catedrático”. Jacques fue un filósofo y pedagogo francés adscrito al eclecticismo racionalista de Víctor Cousin y su *Psicología* formaba parte de una obra colectiva: el *Manual de filosofía*, escrito en colaboración con Jules Simon y Emile Saisset¹⁵.

La utilización de un texto como el citado, de filiación ajena a cualquier interpretación del pensamiento católico, no es aislada. En la parte correspondiente a la Moral, por ejemplo, los textos empleados son los de Jouffroy y Kant, “refundidos por Julio Simon, con adiciones y modificaciones introducidas por el catedrático”. Es singular, asimismo, que falte aquí toda referencia bibliográfica al pensamiento cristiano; no solamente al de la Escolástica — lo cual sería, hasta cierto

punto, explicable — sino al de todos los otros autores antiguos y modernos.

El ámbito más frecuentado es el de los autores de los siglos XVIII y XIX, y la refutación de las doctrinas contrarias al cristianismo, tales como el materialismo y el utilitarismo, se hace desde una perspectiva eminentemente religiosa, no filosófica, sin que falte, eso sí, la referencia a la “escuela escocesa”, en la cual parece que se inspiró Caro en algunos momentos. Es interesante, también, que no se aluda a Hegel y al idealismo. Si tenemos en cuenta la índole esencial del pensamiento de Caro, se puede conjeturar que la crítica de la filosofía no católica, y en general toda la enseñanza del curso, tomaba en cuenta los autores más conocidos en los ambientes filosóficos e ideológicos de Colombia, y también que la postura magisterial de Caro estaba absolutamente penetrada por su religiosidad católica, de manera tal que él prescindía de mencionar ese repertorio de autores y libros que ya había asimilado e interpretado personalmente¹⁶.

En el curso de filosofía que dictó en el Seminario de Bogotá, en 1872, encontramos una diferencia importante con lo que más arriba apuntamos: aparece una voluntad de adhesión a los principios filosóficos y teológicos de la Escolástica. San Agustín, y sobre todo Santo Tomás de Aquino, son citados como autoridades principales en diversos problemas. En la parte que trata de la verdad, las facultades del alma, la sensibilidad, el concepto y el juicio, por ejemplo, Santo Tomás es quien proporciona los conceptos fundamentales. También es citado Jaime Balmes y es muy posible que Caro haya seguido, para organizar su curso, las directivas principales que se contienen en las obras del pensador de Vich. De todos modos es este un programa que denota una madurez mayor en la actitud filosófica de Caro y, desde luego, una solidaridad coherente con otros aspectos de su pensamiento, vigorosamente definido en la línea del catolicismo tradicional¹⁷.

IDEAS FILOSÓFICAS DE CARO

Pero para apreciar el valor de Caro como pensador filosófico, debemos acudir a sus obras principales en la materia, las cuales corresponden al período de su juventud, cuando se dedicó a estos temas con mayor ahínco e interés.

Los escritos filosóficos de Caro de mayor envergadura comenzaron a publicarse cuando, ha-

cia 1867, se produjo en Colombia una nueva tentativa de resurgimiento del "Utilitarismo" de Bentham. El Dr. Ezequiel Rojas, uno de los paladines más famosos de esta escuela en Colombia, llegó a ser Senador y desde su banca propuso un proyecto de ley que establecía la enseñanza de dichas doctrinas, con carácter imperativo, en todos los establecimientos de enseñanza.

De inmediato se levantó, entre los conservadores y católicos, una oposición cerrada al proyecto de Rojas y en ese clima de controversia y polémica, cuando Caro tenía apenas veintiséis años, en 1869, publicó su *Estudio sobre el utilitarismo*.

Con su obra, Caro se proponía refutar el sistema de Bentham, aplastar definitivamente los argumentos de sus partidarios en favor de la enseñanza obligatoria de dicha filosofía y, por último, exaltar la doctrina católica.

El debate con el "Utilitarismo" brindó a Caro una oportunidad excelente para clarificar y definir su propia posición filosófica, pues su actitud no estaba limitada a la apologética y la disputa: quería que la verdad se impusiera y triunfara de sus adversarios conservando la dignidad especulativa propia del quehacer filosófico. "No basta salvar la verdad — escribió —; es preciso salvar la dignidad de la verdad"¹⁸.

El *Estudio sobre el utilitarismo* está presidido por una preocupación moral predominante, lo cual es explicable si se recuerda que las ideas de Bentham se enseñarían en colegios y universidades, en detrimento, según Caro, de la formación ética de los jóvenes alumnos colombianos. Pero como para llegar a una doctrina moral correcta — de la cual se derivaría la crítica al "Utilitarismo" — era necesario comenzar por examinar los fundamentos psicológicos sobre los cuales aquel sistema se apoyaba, Caro comenzó su trabajo afirmando que el hombre, en el ejercicio de las funciones naturales que corresponden a su primer estado, manifestaba su vitalidad en el orden de las sensaciones.

Pero el plano de las sensaciones era común al bruto y al hombre, quien se constituía en especie aparte gracias a que estaba dotado de razón: por ella podía conocer y remontarse a una idea de la moral. Era la razón, pues, la que modificaba la conducta del hombre, su vida ética; y la razón procedía mediante el juicio que hacía sobre sus propias sensaciones; las concebía como distintas entre sí: de este modo, al placer podemos juzgarlo bueno o malo¹⁹.

Ahora bien, para obtener las nociones de bien y de mal, Caro apelaba al reconocimiento de que existían *relaciones y leyes naturales*, según las cuales se establecía un orden en la vida humana. La violación de esas relaciones y el desorden consiguiente ocasionaban el mal, mientras que el bien surgía de su respeto y acatamiento. Por allí llegaba Caro a perfilar su noción de placer: "... lo que favorece y perfecciona nuestra organización se nos manifiesta en forma de placer; y en forma de dolor lo que trastorna y mutila las ruedas y funciones que conspiran a constituir la persona humana. Tales son el bien y el mal en el orden físico"²⁰. Para Caro, pues, el bien era el orden, y el mal, el desorden.

El estudio de las sensaciones, o sea de lo que pertenece a la Psicología, era, según Caro, la introducción a la Estética y a la Moral; así como el estudio de las ideas — la Teoría del Conocimiento, diríamos nosotros — era previo al estudio de la Metafísica y de las Matemáticas. Pero lo que a él le interesaba era mostrar cómo del estudio del plano sensorial se llegaba a las nociones de bien y de mal, de orden y desorden, que constituyen el plano del deber moral.

Caro reconocía la existencia de un orden natural físico y de un orden natural metafísico. El bien físico derivaba del mantenimiento y perfeccionamiento del primero; el bien metafísico, del perfeccionamiento que se operaba en el orden de la inteligencia. Pero entre ambos órdenes había una correspondencia ordenada, o sea, se daba una proyección moral: "Obsérvese bien — decía — que los juicios que hacemos sobre lo bueno y lo malo, aun en el orden físico, tienen carácter moral: envuelven la idea del bien en general, y traen aunque confusa la de relaciones entre ese orden y el moral; suscitan la noción de deber"²¹.

Había una comprensión inteligente del bien y del mal, y de esa intelección surgía un sentimiento que, por naturaleza, era aprobatorio del bien y reprobatorio del mal. Este sentimiento era, pues, algo distinto de un criterio racional; pero representaba una suerte de sanción que el espíritu humano dictaba con respecto del bien y del mal. Ahora bien, para Caro, cuando la razón aprobaba el bien natural, de este acto nacía un sentimiento que constituía, propiamente, la felicidad humana.

En el pensamiento filosófico de Caro revestía una importancia esencial la idea de *ley natural*. La inteligencia captaba esta verdad, como en toda operación que le era propia, mediante lo que él

llamaba la “presciencia” y la experiencia, las nociones presuntas y las nociones adventicias²².

Según su Teoría del Conocimiento, Caro afirmaba que la “presciencia” era una facultad o capacidad del alma por la cual ésta se movía, insatisfecha, hasta llegar al conocimiento de la verdad. ¿Qué cosa la impulsaba? Cierta tendencia innata que residía en el interior del hombre, en armonía con el orden de la naturaleza: “Nuestro entendimiento inquiere insaciablemente lo universal, lo comprehensivo, sin duda porque lleva consigo mismo la necesidad de eso que se busca...”²³. Dicho de otro modo, Caro —siguiendo una línea de clara ascendencia agustiniana— sostenía la existencia de una noción previa a la experiencia que predisponía a la búsqueda de la verdad. Lo afirmó rotundamente: “Ahora bien, como todos los fenómenos intelectuales son conocidos bajo el nombre genérico de ideas, y como estas predisposiciones nuestras intelectuales, nada adventicio, nada percibido reproducen, son *naturales* en el entendimiento, no es de extrañar que se las reconozca bajo el nombre de *ideas innatas*”²⁴.

También decía Caro que en este punto coincidía con filósofos como Platón, Descartes y Kant, para lo cual citaba la *Filosofía fundamental* de Jaime Balmes. De todos modos, lo que a él le interesaba mostrar era que entre estas nociones innatas estaba la de ley natural, cuyo respeto y obediencia constituían la base de la noción fundamental del deber moral.

Esta ley natural era reflejo de la ley divina, como que el hombre, creado por Dios, traía al mundo el sentido o inclinación para cumplir con los dos preceptos capitales de aquella ley divina: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. Ambas nociones se desvirtuaban luego, pero nunca al punto de borrar del todo de la condición humana. Era esta ley natural, precisamente, la que daba cuenta de la dignidad de la raza humana y la que la distinguía de los otros animales.

Las nociones de moralidad y de justicia las recibía el hombre como parte de esa ley natural: eran, por lo tanto, universales y eternas. Y en la actividad intelectual que aquel desarrolla en su proceso de perfeccionamiento, lejos de rebelarse contra ellas, las aceptaba por considerarlas racionales y evidentes²⁵.

Caro completaba, además, su concepto de las proyecciones morales de la ley natural, con la idea cristiana del *pecado original*, de cuyo reco-

nocimiento surgía la explicación de las desviaciones y extravíos de la conducta humana. El hombre, según Caro, pasaba del estado natural al estado moral y de éste al estado religioso, tanto se lo considerase individual como colectivamente.

Ya nos referimos a sus ideas sobre el orden sensorial. Digamos ahora que, para Caro, cuando comenzaba a desarrollarse la inteligencia aparecía en el hombre otra facultad: *la voluntad o libre albedrío*. Con ella afrontaba el problema planteado por la atracción de dos clases de principios motores: los instintivos o “móviles” y los intelectuales o “motivos”. Voluntad e inteligencia obraban de consuno y sus operaciones se influían recíprocamente. Pero lo importante, dentro de la doctrina de Caro sobre el orden superior que debía presidir la actividad humana, era que la inteligencia y la voluntad actuaban subordinando los apetitos sensoriales a la razón.

Si la inteligencia y la voluntad eran, en propiedad, facultades del alma, ésta deliberaba mediante la primera y se determinaba por la segunda. Era su relación íntima lo que para Caro constituía el *acto libre*.

En aquel primer estado natural, anterior a la perfección de la inteligencia y la voluntad, imperaban los instintos y la pasión; pero, posteriormente, el alma podía decidirse por el “estado egoísta”, en el cual prevalecía el interés, o por el *estado moral* propiamente dicho, “que es el imperio del deber, y que inmediatamente se refunde en el estado religioso”²⁶.

El alma humana podía, también, compartir ambos estados, pero lo importante era, como agregaba Caro, que: “En el estado moral se cumple la ley por aceptación voluntaria del deber”²⁷.

El estudio del “estado moral” reviste una significación importante dentro del pensamiento filosófico de Caro, por cuanto, como ya dijimos, su razonamiento perseguía, fundamentalmente, un objetivo ético y educativo. El estado moral del hombre considerado individualmente reflejaba la existencia de otro orden, universal por su órbita, providencial por su carácter esencial y preexistente a la propia vida humana. Al cumplir con su deber individual, al realizar en sí mismo su orden el hombre contribuía a la consecución del orden total instituido por la Providencia. Del cumplimiento de este deber moral surgía la noción de *mérito* que, como la de *demérito* (y lo mismo valía para justicia-injusticia, virtud-vicio y moralidad-inmoralidad, etc.), sur-

gía o derivaba de la idea primera que correspondía al estado moral: “la concurrencia voluntaria a la realización del bien”²⁸.

Dentro de la filosofía de Caro el acatamiento voluntario de la ley natural daba origen a dos ideas principales: las de *deber* y *derecho*. Cuando la inteligencia y la voluntad del hombre se aplicaban a cumplir con los preceptos de la ley natural, surgían el deber y el derecho. Pero tanto uno como otro solamente podían entenderse en relación con el acatamiento a aquella ley natural que obligaba a la realización del bien: “Derecho en sentido más lato se toma por la facultad de realizar el bien, o sea la evolución legítima de la humana actividad”²⁹. De la misma manera, la noción de deber se refería a la obligación que el hombre tenía de hacer el bien; pero que podía no hacerlo si así lo decidía su voluntad libre.

Vemos así que, para Caro, “orden, justicia y perfección”³⁰ constituían la idea de bien, la cual, a medida que se iba haciendo más concreta y menos abstracta, adquiría una personalización en Dios. Con una cita del filósofo francés Jouffroy —que aparece aludido repetidas veces en el curso de este *Estudio*—, lo bello, lo bueno y lo verdadero manifestaban el pensamiento y la voluntad de Dios, autor de la ley natural inscrita en el alma humana.

En el estado religioso, que es muy difícil separar del estado moral, como que sus límites se confunden, aparecía la ley de Dios revelada a los hombres; ley revelada que confirmaba y ampliaba la ley natural. Era, pues, en ese estado religioso —que adquiría su versión verdadera, para Caro, en el catolicismo— donde los derechos y los deberes morales lograban su coronación: “Que el catolicismo es la ley moral completa, definitiva, lo inducen sobre todo dos caracteres que le son peculiares, a saber: la perfección de sus fines, la uniformidad de los medios, siendo admirable la armonía con que ambas se corresponden”³¹.

Las ideas de bien y de orden se correspondían y se complementaban con las de *perfección* y *progreso*, más aún, adquirirían gracias a estas dos últimas la confirmación de su verdad intrínseca. En efecto, decía Caro: “El progreso es el orden en el tiempo, porque, ¿qué otra cosa es progresar sino concurrir, por evoluciones armónicas, a la realización de lo que la razón concibe como perfecto? El orden es una escala tendida; levantándose hacia el cielo, la denominamos progreso”³². La concepción que Caro se hacía del progreso estaba, pues, ligada también, al camino de

perfección hacia el bien (natural y sobrenatural) que el hombre debía emprender en virtud de su libre capacidad creadora.

Caro concedía gran importancia a su idea del progreso; primero, porque como es sabido, filosofías como el “Utilitarismo” solían esgrimir su concepto del progreso como arma polémica contra las ideas enemigas que reputaban anacrónicas y retardatarias; y segundo, porque efectivamente, dentro de su concepción filosófica, la noción de perfección llevaba ínsita la de progreso, esto es, la de un ascenso progresivo hacia un estado cada vez mejor que culminaba en Dios. Y así afirmaba Caro: “que el progreso es el orden mismo y que el orden no es otra cosa que la realización viviente de los principios necesarios a la razón o sea la idea religiosa revelada naturalmente al hombre y complementada por una revelación sobrenatural”³³.

Desde este punto de vista, el “Utilitarismo” aparecía, a su vez, como una teoría del atraso y del estancamiento, toda vez que establecía la identidad entre el bien y el placer. En efecto, el progreso, sostenía Caro, comportaba sacrificios, penas y dolores; pero esto, lejos de ser un mal, era el pago inevitable y necesario que debía hacer la condición humana si quería progresar y adelantar. Vencer dificultades, superar peligros y resistir tentaciones, jalonan el camino del progreso y ninguna de esas dificultades son “puramente” placenteras. Para el “Utilitarismo” tampoco serían buenas, y al rechazarlas se alejaría toda posibilidad de progreso.

Este tema del progreso es primordial en otro de los principales trabajos filosóficos de Caro: el *Informe sobre los “Elementos de Ideología” de Tracy*, obra escrita en 1870 para responder a una consulta que le hizo el Rector del Colegio de Nuestra Señora del Rosario sobre el valor de dicha filosofía. En este estudio Caro realizó un análisis crítico muy minucioso de la “Ideología” de Tracy, a la luz de lo que él consideraba una posición verdadera y a la de las autoridades más reputadas en los campos científicos y filosóficos de su tiempo.

Es muy interesante ver, pues, cómo Caro recurrió al argumento del progreso para refutar una doctrina que se presentaba, paradójicamente, como adelantada al pensamiento católico, supuestamente perimido según sus adversarios. Caro, lejos de aceptar tal crítica, reivindicaba para su posición un concepto positivo del progreso, verdaderamente fecundo a su entender.

Decía Caro que a la filosofía le interesaba muy especialmente el progreso científico, a tal punto que muchas veces sus conclusiones eran modificadas por los adelantos que la ciencia aportaba. Afirmaba que "...siempre será cierto que la generación de una época dada tiene pleno derecho a preguntar a los que se erigen en maestros suyos, no sólo los descubrimientos que se han hecho en el transcurso de más de medio siglo, período nada despreciable en la vida de la humanidad, sino también las nuevas ideas, los nuevos principios filosóficos, por extravagantes que parezcan, que se han venido germinado en los entendimientos"³⁴.

¿Cómo podrían ignorarse, por ejemplo, los descubrimientos de la antropología moderna?, se preguntaba. Y así lo mismo con otras ramas de las ciencias. El principio fundamental que aplicaba Caro era el de su filosofía católica, según el cual se establecía la unidad de la verdad, aun aceptando sus determinaciones analógicas. Es decir que cuando algo era verdadero, lo era en todos los órdenes: tanto en la ciencia como en la filosofía. No podía haber oposición entre dos afirmaciones verdaderas. Más aún, para Caro, todos los adelantos que haga el pensamiento, y especialmente los que se produzcan en el campo científico, son también pasos positivos en todos los sectores de la actividad intelectual del hombre: "...todo misterio arrancado a la naturaleza física, sagazmente interpretado, puede a su vez ser la clave de otro más elevado misterio"³⁵.

Nada le parecía más equivocado que la posición retardadora de quienes huían de confrontar sus proposiciones filosóficas con los progresos hechos por el pensamiento científico. La verdad no puede temer a la verdad, parecía decir. Y encontraba en la Antigüedad y en la Edad Media fundamentos abundantes para su posición. Los filósofos de aquellas épocas trataban de explicar, aunque fuera alegóricamente, toda información nueva que apareciese, por curiosa, rara o extravagante que fuera.

Caro no sólo no temía a la discusión con la ciencia realmente progresiva, sino que prefería que se diera en el abuso de esta actitud, antes que caer en una inmovilidad abrumada por el temor y el sentimiento de inferioridad. En la Antigüedad y en la Edad Media, decía, "pudo abusarse hasta dar en violencias de combinaciones y extravagancias de conceptos, pero en todo caso es preferible este abuso a su opuesto defecto, el de una indolente abstención, el de un irracional me-

nosprecio de todo lo concerniente a las significaciones espirituales que respiran en las formas de la materia"³⁶. La "Ideología" de Tracy le parecía un ejemplo cabal de esa filosofía atrasada: "del olvido y descrédito en que justamente yacen caídas, sólo acá en un rincón de nuestra América han logrado desenterrarlas circunstancias extrañas que nada arguyen en su favor"³⁷.

Caro insistió siempre en este carácter anacrónico de la filosofía "utilitarista", es decir rechazaba la pretendida restauración del benthamismo que se intentaba producir en Colombia — como en otros países hispanoamericanos — hacia finales del siglo XIX. Se trataba, para él, de una filosofía perimida desde el punto de vista científico, malsana por sus consecuencias morales y educativas y perniciosa por el germen de discordia que volvía a introducir en la vida colombiana.

Así, en un artículo que publicó el 24 de junio de 1870, señalaba que se trataba de "una doctrina y unos autores que no están aceptados en ningún establecimiento de educación en Europa...", "...filósofos de segundo o de tercer orden que sólo tienen admiradores entre nuestros pobres incrédulos de América"³⁸. De las doctrinas de Bentham, agregaba, "nadie se acuerda en Europa"³⁹.

Como puede verse por todo lo que llevamos dicho, Caro negaba el carácter científico del "Utilitarismo" y le reprochaba su falta de lógica, su deficiente análisis del mundo objetivo. Para él, dicha filosofía desconocía aspectos fundamentales de la vida humana — el hecho religioso, por ejemplo —, y rebajaba al hombre a un nivel de pura animalidad, pues no era otro el que correspondía al egoísmo de las sensaciones. De ahí que su crítica se centrara en el principio básico del "Utilitarismo": la teoría del placer y del dolor, la cual confrontó con su filosofía católica.

Caro se preocupó, como vemos, por llevar la discusión al terreno de la moral y la política, porque creía que allí se podían apreciar mejor las consecuencias del error "utilitarista". Aparte de sus efectos retardadores del progreso, el benthamismo implicaba doctrinas tales como la de la voluntad de la mayoría o el sufragio universal, que a Caro le parecían contradictorias y destructivas. Del egoísmo utilitario incluso podía desprenderse una actitud tolerante, o al menos indiferente, ante la misma esclavitud, sostenía Caro.

En esta etapa de iniciación filosófica, el *Estudio sobre el utilitarismo* se presenta como la obra de mayor envergadura especulativa entre todas las que Caro escribió sobre esta materia. Pero,

a fuer de obra juvenil y de representar un momento de formación de su personalidad intelectual, su autor, años más tarde, la recordaba sin mucho entusiasmo. Esto se desprende de una carta a Menéndez Pelayo escrita en 1882: "Yo también publiqué por los años de 1868 una refutación de Bentham, en que hay algunas indicaciones originales a vueltas de una exposición desigual y poco firme, con filosofía racional y tradicionalista mal concertada. Yo leía entonces autores franceses, y seguía principalmente a Jouffroy"⁴⁰.

Pero a pesar de estos reparos, lógicos en un espíritu severo como era el de Caro, es indudable que la obra no tuvo par en Colombia y que en Hispanoamérica sólo hallaríamos, para compararla, la *Filosofía del entendimiento*, de D. Andrés Bello.

Los escritos filosóficos de Caro, en estos años de actividad intelectual proficua, son muy abundantes, aunque de calidad dispareja, ya que, en muchos casos, se trata de trabajos ocasionales, condición que, como dijimos, afecta casi toda su producción escrita. Caro fue, ante todo, un hombre volcado al periodismo de ideas, como ocurría con la mayoría de los intelectuales de su tiempo.

De todos modos, los estudios que hemos considerado, y otros de dignidad especulativa no inferior, bastan para consagrar a Caro, en esta etapa de juventud, como un pensador vigoroso y original. Algunos ya han sido estudiados en páginas anteriores, pero quedan otros de significación importante que no abordaremos ahora porque nuestro propósito se limita al estudio de las obras de juventud. En la producción filosófica de Caro deben mencionarse trabajos como los siguientes: *Principios de la moral, Refutación del sistema egoísta* (1868), *Cartas al señor doctor Ezequiel Rojas* (1868), *Estudio sobre el Utilitarismo* (1869), *Informe sobre los "Elementos de Ideología" de Tracy* (1870), *El método utilitario* (1871), *Autoridad es razón* (1871), *¿En dónde está la autoridad?* (1871), *Razón de autoridad* (1871), *La filosofía sensualista* (1871), *Ligera excursión ideológica* (1872), *Bastiat y Bentham* (1872), *Oración de estudios* (1880), *El darwinismo y las misiones* (1886-1887) y *Galileo* (1888).

Casi todos los estudios citados corresponden a un momento de activa controversia ideológica y política: los años que van de 1868 a 1872, o sea entre los veinticinco y veintinueve años de edad de Miguel Antonio Caro. De esta batalla salió Caro con una personalidad formada, no solamen-

te en el debate con sus adversarios sino en el análisis serio y fundamentado de sus propias posiciones filosóficas y religiosas.

En efecto; esta etapa juvenil corresponde al estudio de los principios esenciales de su metafísica, su ética, su antropología filosófica y su psicología. Pero sobre ella se levantará la personalidad de Caro como pensador proyectado sobre ámbitos de la realidad múltiples y variados. Humanista y político, Caro nos ofrecerá, en su madurez, los estudios que componen su obra de filósofo del lenguaje y de filósofo político, para no citar sino dos facetas capitales de su actividad.

Del examen de la obra filosófica de Caro, en su momento de iniciación juvenil, pueden sacarse conclusiones que, en general, valen para toda su actividad en el campo de la filosofía, a saber:

Caro consideró siempre la filosofía como un instrumento de la apologética religiosa, o como un elemento fundamental en la polémica sobre temas morales, políticos, religiosos y literarios. En un espíritu esencial, como era el suyo, férreamente apegado a una fe religiosa abrazada con pasión cabal, la especulación filosófica no logró nunca esa autonomía de concepción que en él hubiera significado algo así como un apartamiento de la misión ética a que dedicó su vida. Solamente se concedió a sí mismo el escape de la creación poética, y eso a costa de sacrificios y limitaciones que se advierten en su obra. Todo el resto de su actividad intelectual — y en ella se incluye, naturalmente, la filosofía — se entregó a la empresa política y moral.

Porras Troconis, por ejemplo, al comparar la obra de Caro con la de Balmes, deplora que el colombiano no hubiera dedicado más tiempo y atención a una materia para cuyo estudio poseía condiciones personales tan notables: "La sencillez, la claridad, la exactitud, la precisión de su lenguaje — escribe —, que están indicando la robustez de la mente, el orden de sus ideas, el conocimiento de la materia que dilucida y el buen uso de los vocablos de que se vale, son condiciones excepcionales para la exposición de la doctrina filosófica"⁴¹.

Valderrama Andrade y Jaramillo Uribe — los dos mejores estudiosos de la filosofía de Caro — concuerdan en este elogio de las dotes naturales que Caro poseía para la tarea filosófica; y el autor citado en último término no trepida en afirmar que si Caro se hubiera dedicado íntegramente a la filosofía habría producido obras de valor continental.

Aparte de las circunstancias biográficas que explican el hecho de que Caro no se dedicase totalmente a la filosofía, no es ocioso referirse a la fisonomía especial de las doctrinas en las cuales Caro se formó. En efecto, el tradicionalismo filosófico mantenía un escepticismo muy serio acerca de las posibilidades y alcances de la razón humana. Dentro de la posición católica, es probable que si Caro hubiera tenido una formación más escolástica, el conflicto entre filosofía y religión se hubiera resuelto con mayor consideración hacia los fueros de la inteligencia especulativa.

El balance final de la obra filosófica de Caro, en su etapa de iniciación juvenil, y habida cuenta

de sus valores y sus limitaciones, nos muestra una personalidad excepcionalmente dotada para la labor especulativa: vastísima cultura; información científica, literaria y filosófica; sutileza y penetración; vigor y aliento sostenido en el análisis; audacia y originalidad en la síntesis; rigor en la crítica y claridad en la exposición doctrinaria, y, finalmente, un sentido noble y severo de la superior dignidad de la inteligencia.

ENRIQUE ZULETA ALVAREZ.

Universidad Nacional de Cuyo
Mendoza, República Argentina.

NOTAS

¹ JAIME JARAMILLO URIBE, *Bentham y los utilitaristas colombianos del siglo XIX*, en *Ideas y Valores*, Bogotá, t. IV, núm. 13, enero-junio de 1962, pág. 11. Del mismo autor deben consultarse, también, los siguientes trabajos: *Miguel Antonio Caro y el problema de la valoración de la herencia espiritual española en el pensamiento colombiano del siglo XIX*, en *Thesaurus*, Bogotá, t. X, 1954, págs. 59-77; *Tradicón y problemas de la filosofía en Colombia*, en *Ideas y Valores*, Bogotá, t. III, año III, núms. 9-10, marzo-mayo de 1954, págs. 58-82; *La ética en la obra filosófica de José Eusebio Caro*, *ibíd.*, t. III, año III, núms. 11-12, junio-octubre de 1954, págs. 43-59; *Obra y formación filosóficas de Miguel Antonio Caro*, en *Studium*, Bogotá, t. I, núm. 1, enero-abril de 1957, págs. 7-26; *España, el mundo moderno del siglo XIX*, en *Revista de la Universidad de Los Andes*, Bogotá, año I, núm. 1, marzo de 1958, págs. 23-40; *Romanticismo, utopismo y positivismo en el pensamiento social y político colombiano del siglo XIX: la obra de José Eusebio Caro*, en *Bolívar*, Bogotá, vol. XIII, núms. 55-58, enero-diciembre de 1960, págs. 117-144, y *Antecedentes de la filosofía en Colombia*, en *Revista de la Universidad de Antioquia*, Medellín, núm. 143, 1960, págs. 878-891. Como resumen de sus estudios sobre estos temas: *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Bogotá, Editorial Temis, 1964, obra excelente e imprescindible para el estudio de la historia intelectual colombiana durante el siglo pasado. Reviste importancia análoga en este punto: CARLOS VALDERRAMA ANDRADE, *El pensamiento filosófico de Miguel Antonio Caro*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1961. Es la mejor exposición sobre el tema específico de la filosofía de Caro. Sin pretender ofrecer una bibliografía exhaustiva acerca de la misma, citaremos algunos trabajos que hemos utilizado: CAYETANO BETANCUR, *La filosofía en Colombia*, en *Anales de la Universidad de Antioquia*, Medellín, 1933; JAIME OSPINA ORTIZ, *José Eusebio Caro, guion de una estirpe*, Bogotá, Publicaciones técnicas, s. f.; TERESA DE JESÚS RAMÍREZ AGUDELO, *Pensamiento filosófico colombiano (siglo XIX)*, Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Central de Madrid, 1964, y CARLOS STOETZER, *El influjo del utilitarismo inglés en la América española*, en *Revista de Estudios Políticos*, Madrid, núm. 143, septiembre-octubre de 1965, págs. 165-192. En el curso de nuestro trabajo iremos indicando otra bibliografía utilizada.

² ARMANDO ROJAS, *La batalla de Bentham en Colombia*, en *Revista de Historia de América*, México, núm. 29, junio de 1950, pág. 38.

³ JAIME JARAMILLO URIBE, *Bentham y los utilitaristas...*, págs. 14-18. Sobre Azucro, cfr.: *Documentos sobre el doctor Vicente Azucro*, recopilados y publicados por Guillermo Hernández de Alba y Fabio Lozano y Lozano, Bogotá, Biblioteca de Historia Nacional, 1944. Es importante el estudio preliminar: *Apuntes para la biografía del doctor Vicente Azucro*, por F. LOZANO Y LOZANO.

⁴ *Id.*, *Tradicón y problemas...*, pág. 60.

⁵ MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, [Buenos Aires], Espasa-Calpe, [1951], t. VII, págs. 125-346.

⁶ LUIS LÓPEZ DE MESA, *Escrutinio sociológico de la historia colombiana*, 2ª ed., Bogotá, Academia Colombiana de la Historia, 1956, pág. 231. Sobre el tema general del romanticismo y, especialmente, sobre las influencias, cfr. EMILIO CARILLA, *El romanticismo en la América Hispánica*, Madrid, Gredos, [1958], el mejor estudio de conjunto que existe hasta ahora sobre el tema. Para las influencias, cap. IV y V. Otra obra de consulta imprescindible: EDUARDO OSPINA S. I., *El romanticismo, estudio de sus caracteres esenciales en la poesía lírica europea y colombiana*, [Bogotá], Biblioteca de autores colombianos, [1952].

⁷ MIGUEL ANTONIO CARO, *José Eusebio Caro*, en *Estudios de crítica literaria y gramatical*, Edición preparada por Darío Achury Valenzuela, t. I, Estudios literarios, Bogotá, Imprenta Nacional, 1955, págs. 18-19.

⁸ Cfr. sobre este tema, y entre una bibliografía muy nutrida, ROGER PICARD, *El romanticismo social*, versión española de Blanca Chacel, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, [1947], y MAXIME LEROY, *Histoire des idées sociales en France*, París, Gallimard, 1946-1964, 3 vols., especialmente los vols. 2 y 3.

⁹ MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO, *Dos palabras sobre el centenario de Balmes*, en *Ensayos de crítica filosófica*, Madrid, C. S. I. C., 1958, pág. 357.

¹⁰ *Id.*, *Historia de los heterodoxos...*, t. VII, págs. 384-385.

¹¹ CARLOS VALDERRAMA ANDRADE, *El pensamiento filosófico...*, págs. 102-103.

¹² CARLOS VALDERRAMA ANDRADE, *El pensamiento de Miguel Antonio Caro*, en MIGUEL ANTONIO CARO, *Obras*, t. I, Filosofía, Religión, Pedagogía, Estudio preliminar por Car-

los Valderrama Andrade, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, Clásicos Colombianos, IV, 1962, pág. XXI. Esta es la edición que utilizaremos en el presente trabajo, citándola como *Obras*.

¹³ *Ibid.*, pág. xxv.

¹⁴ JAIME JARAMILLO URIBE, *El pensamiento colombiano...*, pág. 412.

¹⁵ Como es sabido, Amadeo Jacques se trasladó en 1852 a la República Argentina, donde realizó una labor pedagógica notable hasta su muerte en 1865.

¹⁶ MIGUEL ANTONIO CARO, *Programas de filosofía elemental para el Colegio de Nuestra Señora del Rosario*, en *Obras*, págs. 279-293.

¹⁷ *Curso de filosofía dictado por don Miguel A. Caro como profesor de filosofía en el Seminario de Bogotá en 1872*, en *Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis-Angel Arango*, Bogotá, vol. V, núm. 12, 1962, págs. 1596-1613.

¹⁸ MIGUEL ANTONIO CARO, *Estudio sobre el utilitarismo*, en *Obras*, pág. 12.

¹⁹ Es interesante notar que en estas consideraciones sobre el juicio, Caro utiliza el *Curso de lógica según la escuela de Edimburgo*, por JOSÉ JOAQUÍN DE MORA (Bogotá, Imprenta de Nicomedes Lora, 1839-1840). No recurre, por lo tanto, a las autoridades católicas tradicionales, quizá porque adhería en este punto a la "escuela escocesa", o bien porque se trataba de una obra que se utilizaba corrientemente en Bogotá, como en toda Hispanoamérica. Sin embargo, más adelante, cuando se trata de señalar un error de lógica cometido por los utilitaristas, apela a la autoridad de la "escuela" o sea la Escolástica. Su criterio, pues, aparece más bien como *eclectico*, en este como en otros puntos de su doctrina.

²⁰ MIGUEL ANTONIO CARO, *Estudio sobre el utilitarismo*, en *Obras*, pág. 22.

²¹ *Ibid.*, pág. 37.

²² *Ibid.*, pág. 44.

²³ *Ibid.*, pág. 45.

²⁴ *Ibid.*, pág. 46.

²⁵ Caro trae aquí la cita de un famoso filósofo de la "escuela escocesa", Dugald Stewart, extraída probablemente de la fuente balmesiana que mencionamos.

²⁶ MIGUEL ANTONIO CARO, *Estudio sobre el utilitarismo*, en *Obras*, pág. 67.

²⁷ *Ibid.*, pág. 69.

²⁸ *Ibid.*, pág. 72.

²⁹ *Ibid.*, pág. 72.

³⁰ *Ibid.*, pág. 78.

³¹ *Ibid.*, pág. 89.

³² *Ibid.*, pág. 101.

³³ *Ibid.*, pág. 249.

³⁴ Id., *Informe sobre los "Elementos de Ideología" de Tracy*, en *Obras*, pág. 431.

³⁵ *Ibid.*, pág. 432.

³⁶ *Ibid.*

³⁷ *Ibid.*, pág. 436.

³⁸ Id., *Un proyecto de ley absurdo*, en *Obras*, pág. 422.

³⁹ *Ibid.*, pág. 426.

⁴⁰ Id., *Cuatro cartas a Marcelino Menéndez Pelayo*, en *Thesaurus*, Bogotá, tomo VII, 1951, pág. 345.

⁴¹ G. PORRAS TROCONIS, *Caro razonador*, en *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, Bogotá, tomo IV, 1948, pág. 388.

ENRIQUE ZULETA ÁLVAREZ

Este trabajo fue escrito por el profesor Zuleta Alvarez como contribución al Libro de homenaje a Luis Alberto Sánchez en los 40 años de su docencia universitaria (Lima, Universidad Mayor de San Marcos, 1967).

El profesor Zuleta Alvarez ha dedicado largos estudios a la figura de Miguel Antonio Caro, sobre cuyo pensamiento político dictó un curso en el Instituto de Investigaciones Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo, y una conferencia, patrocinada por el Instituto Cuyano de Cultura Hispánica y la Asociación de Ex-Becarios en España, con el título: "Hispanoamérica en las ideas políticas de Miguel Antonio Caro" (ver Noticias Culturales, núm. 63, 1º de abril de 1966, págs. 1-2).

El profesor Zuleta Alvarez, además de algunos excelentes trabajos sobre historia de las ideas, tales como Francia en las ideas políticas y en la cultura argentina, Introducción a Maurras y América en el pensamiento de Maeztu, es autor también de un magistral y documentado estudio sobre Miguel Antonio Caro y la emancipación hispanoamericana publicado en Thesaurus (tomo XXI, 1966, págs. 515-550), del cual dimos un resumen en el número 78 de estas Noticias Culturales (1º de julio de 1967, págs. 11-13). En la entrega 77 de estas mismas Noticias (1º de junio de 1967, pág. 18) reprodujimos del Boletín de Estudios Políticos y Sociales (Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, núm. 15, págs. 138-139), bajo el título El ideario político de Miguel Antonio Caro, una reseña del profesor Zuleta Alvarez sobre El pensamiento filosófico de Miguel Antonio Caro, obra escrita por nuestro colega Carlos Valderrama Andrade y publicada por nuestro Instituto en 1961.

Es oportuno recordar, además, que el profesor Zuleta Alvarez, en su cátedra de Historia de las Ideas, dedicó un curso al estudio del pensamiento político de Rafael Núñez (ver Noticias Culturales, núm. 102, 1º de julio de 1969, pág. 9).

ESCRITORIO DE MIGUEL ANTONIO CARO

CONSERVADO EN EL MUSEO DE YERBABUENA

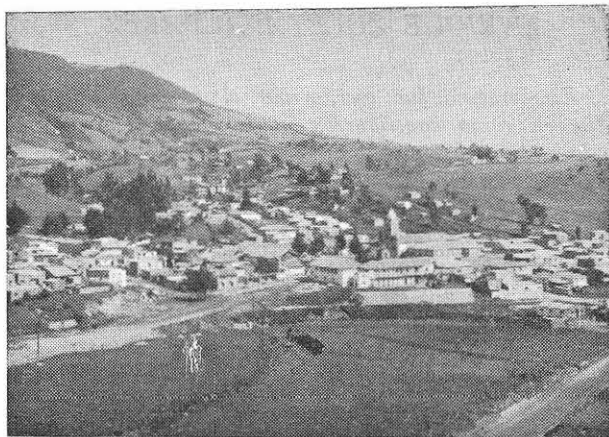


ENCUESTAS EN LOS ALI PARA EL ATLAS LINGÜÍSTICO

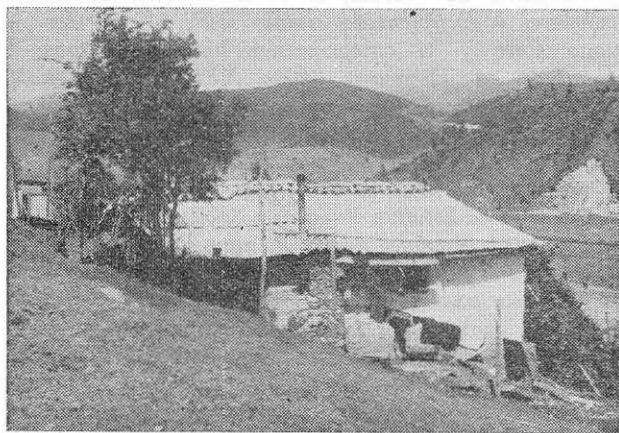
En marzo de 1970 se realizaron nuevas encuestas para el ALEC en el Departamento de Cundinamarca, esta vez en La Calera, Suba y Bosa, las dos últimas poblaciones incorporadas hace algunos años al Distrito Especial de Bogotá, y la primera, municipio autónomo muy próximo a la capital colombiana.

LA CALERA

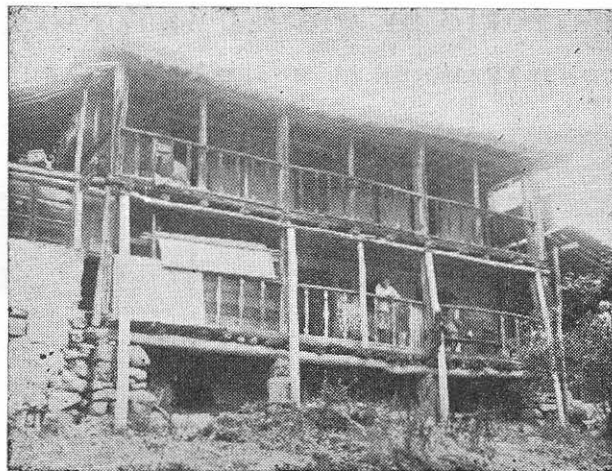
A La Calera se va en pocos minutos por una buena carretera recientemente pavimentada, la cual cruza los cerros que rodean a Bogotá por el nordeste. La población, situada en una suave y amplia depresión de los Andes, causa agradable impresión. En la arquitectura de la parte central parece conservarse bastante bien el carácter tradicional; hay, además, una pintoresca capilla de la época española, como parte de una construcción que quizás fue convento y que hoy ocupan entidades gubernamentales. La gente, en general, estuvo acogedora, y la encuesta pudo hacerse sin mayores dificultades, aunque no faltaron recelos y hasta consejas malintencionadas acerca de los objetivos de la investigación. La Calera es municipio extenso y rico (ganadería, cultivos de trigo, maíz, cebada, papa, hortalizas, etc., junto con explotación de piedra caliza y una gran fábrica de cemento a pocos minutos de la población). El nivel de vida parece relativamente bueno. En algunas zonas rurales —entre La Calera y el vecino municipio de Choachí, por ejemplo— quedan, según contaba una maestra de escuela, curiosas costumbres relacionadas, v. gr., con el noviazgo, el matrimonio y otros acontecimientos de la vida. Muy llamativa, según la citada maestra rural, es todavía la ceremonia de la *pedizón* o acto de pedir formalmente el novio campesino la mano de la novia. Hay regalos y mucha bebida de guarapo, y se advierte un vocabulario muy interesante por lo exótico.



LA CALERA. — Vista parcial de la población.



LA CALERA. — Una casa campesina.



LA CALERA. — Una casa campesina.

EDEDORES DE BOGOTA

Y ETNOGRAFICO DE COLOMBIA

SUBA

En Suba se notan mucho más que en La Calera los contrastes resultantes del desequilibrio socio-económico, pues, sobre todo en las pintorescas colinas a cuyo pie está el poblado, hay muchas mansiones lujosas — propiedad de personas ricas o distinguidas de Bogotá —, mientras que en el propio núcleo urbano, y más todavía en los alrededores, abundan casas muy pobres y antihigiénicas, según pudimos observar de cerca. La Alcaldesa de Suba y algunas otras personas colaboraron amablemente al éxito de la encuesta lingüístico-etnográfica en aquella población, aunque hubo sujetos de poca voluntad y hasta resistidos a colaborar, pudiendo hacerlo sin ningún problema ni complicación. Parte de la encuesta se hizo entre campesinos, en sectores rurales llamados La Esperanza y Tibabuyes.

BOSA

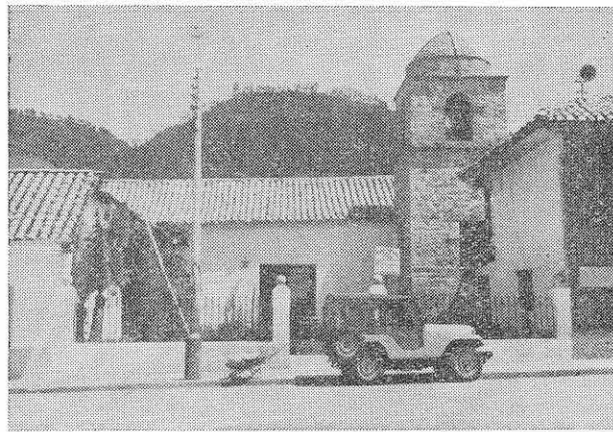
Bosa, hacia el sureste de Bogotá, conserva más que Suba el carácter de pueblo porque todavía no se ha incorporado del todo al complejo urbano de Bogotá. El centro de la población mantiene en cierto grado su arquitectura tradicional, y ejemplo muy interesante de ésta es la iglesia. La colaboración de algunas personas de la localidad, por ejemplo la familia Láscar Tavera, D. Justiniano Cobos y su señora, así como varios informantes, facilitaron mucho la encuesta cultural de los colaboradores del Caro y Cuervo.

APELLIDOS INDÍGENAS

Asiento de un núcleo chibcha importante — los chibchas ocupaban toda la Sabana de Bogotá, en donde están La Calera, Suba y Bosa —, Suba tuvo resguardo indígena del que aún quedan supervivencias y muestras notorias en el aspecto físico de los habitantes, así como en apellidos: Bogotá, Bojacá, Boyacá,



LA CALERA. — Iglesia de la población.



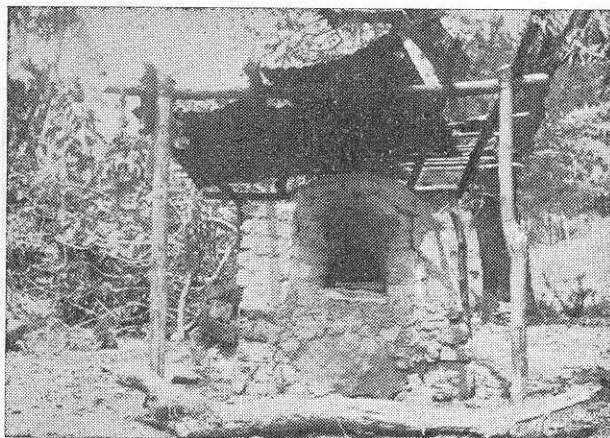
LA CALERA. — Capilla de la Virgen del Rosario.



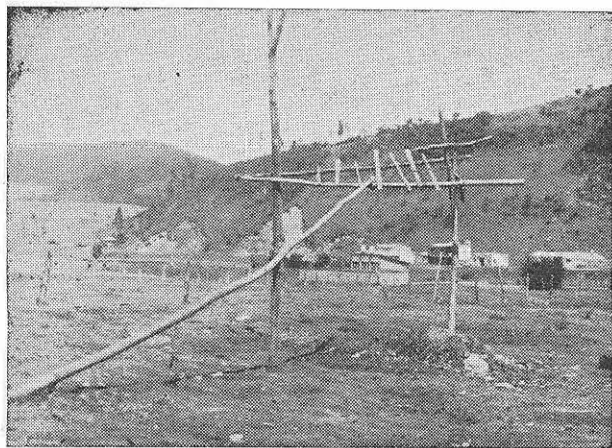
LA CALERA. — Casa urbana de estilo tradicional.



LA CALERA. — Una informante y varios de sus hijos.



LA CALERA. — Horno campesino para asar pan.



LA CALERA. — Gallinero rústico.

Cabiativa, Caita, Chisaba, Duitama, Fiquitiva, Guavita, Mususú, Neme, Neuque, Nivia, Niviayo, Panche, Pirabán, Piracún, Yopasá.

También quedan apellidos indígenas en La Calera (Bogotá, Chingate, Choachí, Chuchoque, Fitatá, Quinche, Sastoque, Tabio, Tenjo, Tibavisco) y en Bosa (Cajamarca, Chigua, Chiguasuque, Fitatá, Fontiva, Guataquira, Neuta, Tequia, Tunjo, etc.).

CLIMA, VEGETACIÓN Y OTRAS CARACTERÍSTICAS COMUNES

La Calera, Suba y Bosa tienen clima frío todo el año y vegetación semejante: además de los cultivos ya nombrados, pastos y eucaliptos; los productos agrícolas, el ganado y los artículos elaborados en las fábricas van al mercado de Bogotá. En las tres poblaciones hay mercado público los domingos al aire libre. Todas tres están creciendo notablemente hacia la periferia, con muchas pequeñas casas de ladrillo y techos con teja de asbesto-cemento, en vez de la tradicional teja española de barro. Gentilicios correspondientes a los nativos de cada población: *caleruno*, *subano* y *bosuno* (popular) o *bosense* (culto).

Recordando de paso algunas respuestas al cuestionario escrito que se aplicó en todos los sitios, puede decirse que no hay fenómenos lingüísticos especiales, al menos en el sector de la pronunciación: en las tres poblaciones exploradas, hay, por ejemplo, “f” labiodental (con esporádicas inclinaciones a labializarla); hay “ll” de tipo castellano y fenómenos ocasionales como éstos: “ch” fricativa en un informante de Suba, y “r” y “rr” muy asibiladas en un vecino de Bosa. No se han examinado aún las respuestas a los temas de vocabulario por los cuales se indagó en cada población, pero seguramente habrá datos interesantes. Ya llegará el momento de revisar esos materiales y compararlos, que es lo más importante, con los reunidos en otras poblaciones (hasta marzo de 1970, veintisiete en Cundinamarca y ciento once en otros departamentos de Colombia). Toda esa cantidad de datos servirá, de una parte, para el Atlas Lingüístico Etnográfico nacional, de otra, para libros sobre el español hablado en cada Departamento, y, además, para monografías sobre cualquiera de los temas que se han tratado en el terreno.

FOTOGRAFÍAS Y GRABACIONES

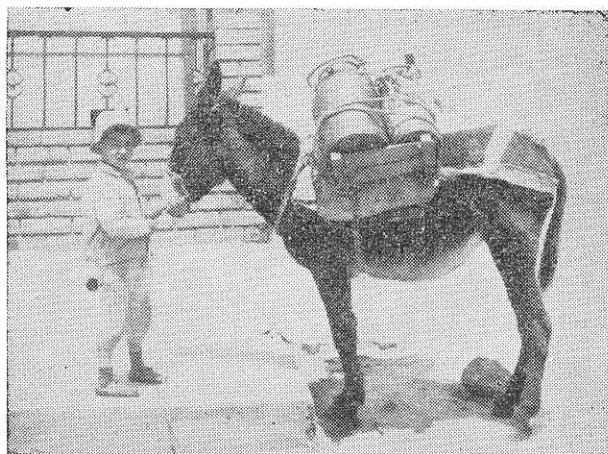
Como ha sido costumbre, además de las respuestas al cuestionario escrito — cuestionario especialmente de vocabulario — que llevan los exploradores del Atlas, en La Calera, Suba y Bosa se tomaron fotografías de motivos varios y se grabaron en cinta magnetofónica algunos relatos e informaciones sobre cultivos, festividades y distracciones, alimentación, creencias y coplas populares.

MUSEO ETNOGRÁFICO

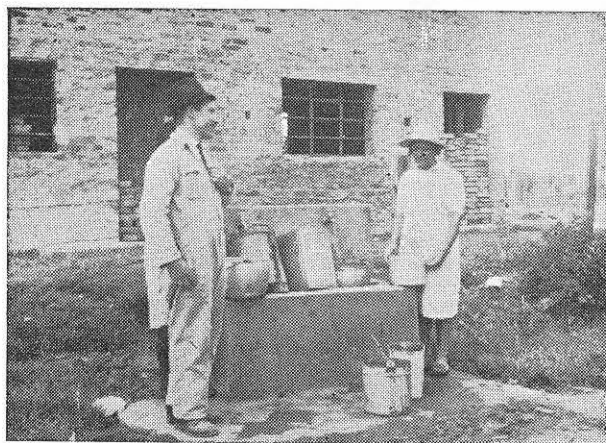
Los investigadores del Atlas Lingüístico-Etnográfico han ido adquiriendo una valiosísima experiencia directa de la vida actual — y sufriendo transitoriamente esa vida — en muchas poblaciones de diversas regiones de Colombia. Tienen en la memoria infinidad de recuerdos, buenos y malos. Fuera de los datos escritos y hablados han tomado millares de fotografías y conseguido objetos para un museo etnográfico que se está organizando en la sede del Instituto Caro y Cuervo.

OTROS TRABAJOS

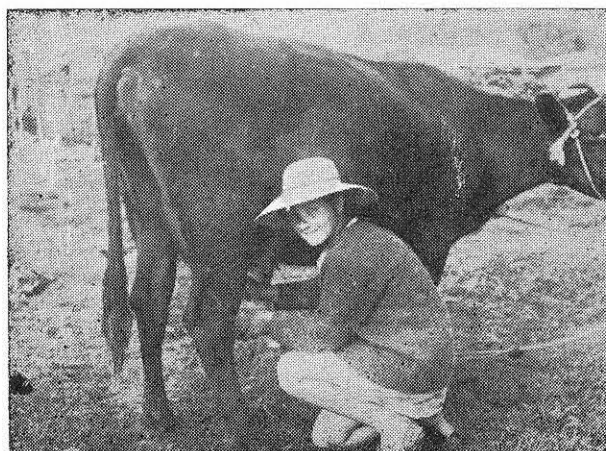
En suma, hay — ya puestas en limpio y ordenadas — una gran masa de noticias e informaciones de primera mano, útiles para muchos trabajos sobre lenguaje — el español hablado en Colombia — y también sobre cuestiones que pueden interesar a otros estudios. Durante varios años se han publicado notas, artículos, folletos, libros, y en preparación están algunos más. Contienen muestras de la pronunciación y de la gramática de la lengua hablada por las personas interrogadas en algunas poblaciones; muestras también, en su mayoría, del léxico usado corrientemente por hombres y mujeres de origen campesino sobre temas determinados, por ejemplo el vestuario, la casa y sus enseres, los trabajos agrícolas, la ganadería, oficios, fiestas y diversiones, medicina popular, toponimia y antroponimia, etc. Tales publicaciones — incluyendo las demás del Instituto Caro y Cuervo y estas *Noticias Culturales* — han ido y van a personas, entidades culturales, bibliotecas y librerías de Colombia y de muchos países de América y de Europa.



LA CALERA. — Transporte de leche de los campos a la población.



SUBA. — Pila pública de donde varias familias campesinas llevan agua para sus casas.



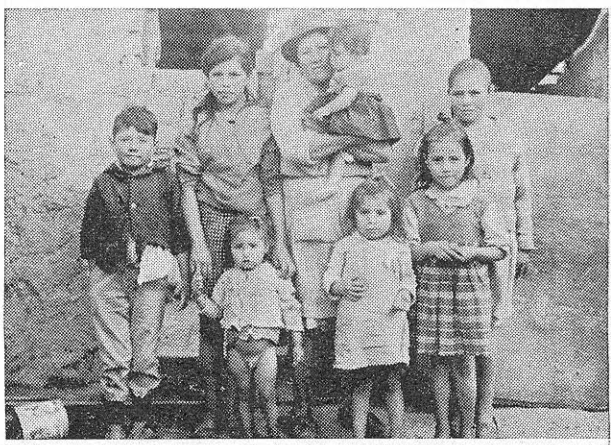
SUBA. — Ordeño de una vaca, en el campo.



BOSA. — La iglesia, de frente.



BOSA. — Corral de madera para tener los niños durante el día.



BOSA. — Una informante, con siete de sus diez hijos.

POESIA POPULAR

Presentamos una muestra del material folclórico recogido por el investigador Luis Francisco Suárez Pineda durante las encuestas verificadas recientemente en las poblaciones de La Calera, Suba y Bosa (Cundinamarca).

Buen número de las coplas registradas en La Calera se obtuvo en la vereda de Mundo Nuevo, una de las más caracterizadas y ricas de este municipio. A pesar de la vecindad de La Calera con la ciudad de Bogotá, sus habitantes viven su vida local sin contaminaciones ciudadanas.

Las coplas recogidas en esta gira son numerosas y fueron suministradas sin recelo por los nativos de la región. El folclor en ella es rico. Se recogieron sin dificultad abundantes coplas cuya transcripción copó el tiempo que le quedó libre al investigador en la recolección de los datos lingüísticos que constituyen el cuerpo del cuestionario para el Atlas Lingüístico.

Esta labor de transcribir y grabar en cintas magnetofónicas material de tradiciones populares se ha llevado a cabo en todas la encuestas con mayor o menor dificultad.

La oración a Santa Rosalía de Pefermo la proporcionó en Suba doña María de Cobos, de edad ya próxima a los cien años. Dicha señora, que no sabe ni leer ni escribir, posee una memoria feliz y dio alrededor de una decena de oraciones, aprendidas en su niñez, de labios de su progenitora, según dijo. La señora de Cobos vive en el núcleo rural de Tibabuyes. En Suba la encuesta se realizó en las veredas, pues la gente del centro de la población es casi toda de otros municipios.

Las coplas recogidas en Bosa fueron suministradas por personas del centro de la localidad. Allí el material folclórico recogido fue menos abundante que en La Calera y Suba, ya que esa población está mucho más influenciada por los habitantes de la capital.

EN LA CALERA

Ensíllame mi ranchito
y empájame mi caballo
y empriéstame tu gallina
pa' que l'echi un güevu al gallo.

En la puerta de tu casa
hiz' una perdiz su nido
y yo como perdiciero
a tu ventan' hici' un tiro.

Allá 'rrib' en aquel alto
canta y chijl' una torcaza
y en la tonadita dice:
"bien pendeju el que se casa".

Las viejas güelen a jumo,
las casadas a pantano
y nosotros los solteros
a pura canela y clavo.

Las de quince son el oro,
las de veinte son la plata,
las de treinta son el cobre,
las de cuarenta la lata.

Decime, vidita mía,
decime, por vida suya,
si para coger a un hombre
se necesita cabuya.

Que para coger a un hombre
ni cabuya ni candao:
con una buena mirada
ahi queda el hombre amarrao.

Qué dicha se tieni un hombre
que se casa con doncella:
verá lo bonito qu' es
descorchar una botella.

Préstame tu cucharita
que quiero comer con ella.
— ¿Qué? ¿Después de que comistes
te quieres volver doncella?

Por aquí me voy entrando
como raiz de caña dulce;
la mujer es la que pierde,
qu' el hombri 'onde quera luce.

Anoche me convidaron
al velorio di un dijunto.
Sabiendo que soy cojudo
¿pa' qué se mi arrima junto?

Cuando yo la veo venir
de pronto se m' endereza
la copa d' este sombrero
que tengo en esta cabeza.

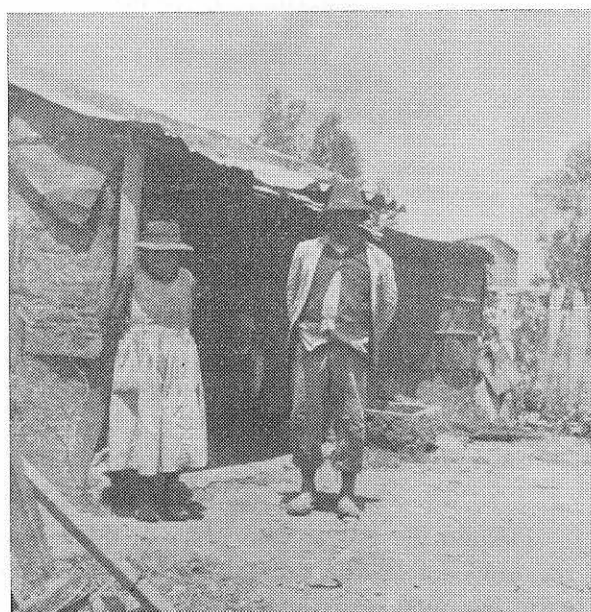
Los ojos de mi chatica
son blancos y son azules;
se paracen a los cielos
cuando si apartan las nubes.



BOSA. — La iglesia, vista lateralmente.



BOSA. — Arreos de un caballo de tiro.



SUBA. — Informantes campesinos al pie de su casa.

EN SUBA

ORACIÓN RIMADA A SANTA ROSALÍA

En la ciudad de Palermo,
cortesina y celebrada,
y del reino de Sicilia,
provincia nuev' en Italia
nació Santa Rosalía
de tan ensine prosapia
y de sangre tan de lustria
qu' en la cristiandá sia dada.
D' emperadores y reyes
aunque no ju' emparentada
antes qu' est' hermosa niña
dier' al mundo su jragancia
se dieron claras señales
de la Deidá soberana.
Hija jue de Sinuval
en la gran casa de Jranca.
Cundi a Sicilia de rosas
emperador de las almas.
Y sobrina de Rugieros,
los qu' en el mundu heredaban
pa' dar al mundu asombroso
aviso de las projanas.
Ejemplo de penitente,
para que todú emitara,
el divino crucijijo
le truj' un anillu en arras.
Y le dici a Rosalía:
"tom' estas projanas galas;
que de todas mis esposas
tú te llevarás la palma".
La niña calló prudente
porqui oyó que la llamaban
estand' un di' en su aposento
muy hermosa y rescatada.
Da un mancebu a su ventana
y le dice: "Rosalía,
mira que tu esposo manda
que te saquen de palacios".
Alegri oyó la doncella;
como dici' en lo qu' estaba,
recogió celicios y disciplinas,
libros y algunas estampas.
El jardillu a sus espaldas
el divino sin tardanza.
Caminaron trece leguas;
ya llegan a la montaña,
la levantan a las cumbres
a donde la cuev' estaba
y le dice: "Rosalía,
quédate sola y no temas
que tu esposo ti acompaña".

Después de recitar esta oración, doña María de Cobos añadió que tal oración solían rezarla las muchachas jóvenes cuando eran asediadas por los requiebros de los varones.

EN BOSA

Diju el cur' al sacristán
y el cantor al monaguillo
quí a caballo regalao
no se le mir' el cormillo.

Qué bonito cant' el gallo,
qué bonito zapatea
cuandó ve que la pollita
se le v' a volver culeca.

Lástim' e' mi polla negra
que se me golvió gallina
y ayer la 'taba corriendo
el gallo de la vecina.

Ende qui aquello pasó
yo 'toy en el purgatorio,
pus ya se m' ech' a notar
y no si hac' el matrimonio.

En mi casa mando yo,
el demonio en el injierno
y en el mund' un señorito
que se llama Don Dinero.

El Roque se jue corriendo
a la cas' 'e su padrino
pa' que li hag' unos amarros
del cueru 'el toro barcino.

Muchacho, mont' a caballo
y and' onde mi sia Enriqueta,
llev' el cueru 'e la ternera
pa' que ti hag' una chaqueta.

Dejémonos de brinquitos
que la sal' está pareja
y este nu es retozadero
de borregos ni di ovejas.

La niña qui a yo me gusta
es zarca y ajiladita,
delgadita de cintura;
pareci una Santa Rita.

A Zan-Cajo no le rezo
ni m' encomiendu a Zan-Cudo
ni le pidu a San-Guijuela
y a San-Cocho lu aseguro.

El que no canta sus cantas
ni le jal' al bailoteo
es devoto de San-Vito
y no de Zan-Goloteo.

Toy siempre listu a bailar
el torbellino versiao
y me jlaquí la memoria
p' al bendito y alabao.

Más que ponzoña di avispa
o que paja de culebra
duele l'ampolla que jorma
el látigo de la lengua.

ACERCA DEL CANCIONERO DE UNAMUNO

Abordar a don Miguel de Unamuno en su calidad de escritor es enfrentarse, primero que todo, al problema del idioma. El idioma está allí, cierto, y lo habla todo mundo y lo escribe. Las ideas también están allí, netas o revolviéndose. El mundo exterior revelándose a cada instante, sugiriendo nuevos pensamientos, allí está. Y si hay que expresar eso mediante la pluma, ¿cómo hacerlo? Al fin y al cabo, ¿en qué consiste ser escritor? En escribir, valiéndose de una lengua que escrita guste al lector y hasta le revele cuanto éste hubiese querido poder escribir. Más que las ideas expuestas, es el estilo aquello que cautiva al lector. Teniendo presente lo dicho, podemos, al menos, suponer que el autor de *El sentimiento trágico de la vida* principalmente se inquietaba, se enardecía, se angustiaba, aguijoneado por el problema de la lengua, lo cual lo indujo, desde un principio, al estudio científico del elemento-utensilio que él, Unamuno, necesitaba para expresarse. Por eso al entretenerse con el tema de la lengua ejecuta esa labor haciendo ejercicios de escritor. Ocuparse del tema de la lengua implica automáticamente servirse bien del idioma utilizado para tal menester, demostrando con ello precisamente la importancia del sujeto tomado como fundamental.

Vamos a comentar ahora, sin embargo, no más que un aspecto del escritor Miguel de Unamuno: el poético. Y, precisando más todavía, nos restringiremos a comentar un estudio del señor Josse de Kock, titulado *Introducción al Cancionero de Miguel de Unamuno*¹. El libro contiene los siguientes capítulos, fuera de la nota preliminar: Constitución y primera edición, La versificación, Cuadros de versificación, Procedimientos reiterativos, Conclusiones provisionales y perspectivas.

Unamuno es, ante todo, poeta, poeta en sus versos y en su fuerte prosa, trabajada como algunos escultores trabajan directamente sus materiales, a duro combate de herramienta... Ha buscado la raíz de los sentimientos, de los instintos, como ha buscado la raíz de las palabras... Unamuno rompe las palabras para investigar qué tienen dentro, y siempre tienen dentro mucho más de lo que el acartonamiento, el envejecimiento de lo de fuera, permitía sospechar.

¹ JOSSE DE KOCK, *Introducción al Cancionero de Miguel de Unamuno*, Madrid, Editorial Gredos, 1968, 195 págs.

Así se expresa Bernardo G. Candamo. Sin embargo, el *Cancionero* de Unamuno, con sus 1762 poemas, editado en 1953, diecisiete años después de su muerte, ha sido tratado por la crítica con suma indiferencia a juzgar por las pocas páginas que se le han consagrado desde su aparición, menos páginas aún en España. La mayoría de los escritos al respecto han sido publicados en América Latina. En Colombia, Germán Arciniegas saludó al *Cancionero* en 1954 y el trabajo más amplio sigue siendo el de Pezzoni, 1958. Por otra parte, a Unamuno se le ha considerado poeta menor al lado de la grande admiración tributada a su pensamiento y obra en prosa. "La vida, el pensamiento filosófico y opiniones religiosas de don Miguel han sido y siguen siendo frecuente y ampliamente estudiados. Incluso sus concepciones acerca de la lengua y de la literatura han sido abordados". A lo expuesto, al menosprecio de su poesía, ha contribuido la actitud adversa que los críticos encuentran en el propio Unamuno, referente al estilo, a la laboriosidad en el idioma. El "descuido", según los críticos, puede hasta perdonarse en cualquier manifestación escrita que no sea la sacrosanta poesía.

He aquí uno de esos pasajes de Unamuno que seguro han tenido presente los críticos: "Un lenguaje desarticulado, cortante y frío como un cuchillo, desmigajado, algo que rompe con la tradicional y castiza urdimbre del viejo castellano; un lenguaje de ceñido traje moderno, con hombreras de algodón en rama, con angulosidades de sastretería inglesa, con muy poco de los amplios pliegues de capa castellana, de capa en qué embozarse, dejándola flotar al viento, sin rotundos períodos que mueren como ola en playa... Esta revolución en nuestra lengua, con sus excesos y todo —¿qué revolución no los trae consigo?—, hará su obra. La prefiero a la labor de marquetería, cepilleo y barnizado de los que aspirando a castizos, por castigar el estilo castigan al lector... Roto el respeto a la autoridad de una gramática autoritaria y casuística a la vez, cada cual verterá sus ideas a la buena de Dios, según la gramática natural...".

El *Cancionero* encierra una serie de procedimientos predominantes en la poesía de Unamuno: repetición inmediata, anadiplosis, quiasmo, anáfora. Hay aquí un número particularmente relevado de repeticiones de toda clase, cosa visiblemente in-

tencional. El quiasmo es algo esencial para Unamuno. La estrofa de cuatro versos es la más frecuente y parece ser la más espontánea, sin duda por ser la que con mayor naturalidad manejaba el poeta. El verso predominante es el octosílabo. Pero, dice Unamuno: "La mayor novedad técnica de mis versos es la silva en verso libre de pentasílabos, heptasílabos y endecasílabos. He llegado a *posteriori*, claro está — yo hago verso a oído, y no a ojo —, a su teoría". Incluso va hasta proponer reemplazar la lógica por la aritmética y convertir las leyes de la estética en una tabla de logaritmos. Y el octosílabo no será cosa diferente al cubo de dos, que en una cuarteta y en virtud de la rima se transforma en cristal. Prefiere, pues, Unamuno el octosílabo. "Las circunstancias — anota Kock — contribuyeron a la elección de un metro autóctono en lugar de uno importado en España hacía cuatro siglos y tomado por Unamuno directamente a los italianos del siglo XIX. También pudieron influir a favor las reacciones del poeta contra las innovaciones contemporáneas. "En teoría el poeta nunca desaprobó el endecasílabo y los metros tradicionalmente empleados con él, pero con su última obra suprime sus alabanzas y, sobre todo, restringe su uso. La manera de utilizarlo en el *Cancionero* es por lo demás contradictoria. A la noción de endecasílabo iba unida para el poeta, la de verso libre... Este estado de cosas constituye una revolución dentro de la obra poética de Unamuno. En los treinta años de escribir poesía, don Miguel, tan sólo una vez había recurrido al octosílabo, o sea al final del *Romancero del destierro*, terminado en 1927".

Su temperamento afirmativo, rebelde; la formación científica de su mentalidad que lo hace insistir, martillar, no descansar; eso ha influido en su gusto por la repetición. "Son muy numerosas en el *Cancionero* las repeticiones inmediatas, las repeticiones encadenadas dentro de una oración u oraciones". Unamuno se sirve de la repetición inmediata para aprovechar el carácter lírico de ésta, la fuerza que comunica a las palabras. La anadiplosis cumple uno de sus fines principales, cual es encadenar. El quiasmo se le convierte en arte combinatorio o inversión del sentido, en un método fecundo y profundo capaz de expresar el "más alto y puro pensar". En la anáfora encuentra un campo de acción más extenso; la cantidad de miembros de una anáfora es en principio ilimitada. Y claro está: su afición a la etimología lo lleva al tipo de repetición etimológica. Mediante la paronomasia hace lo contrario de lo anterior

o sea juntar palabras aun a sabiendas que no tienen ni el más remoto parentesco histórico; además, la paronomasia es aliada de la sátira. Las figuras reiterativas acaparan una o varias estrofas; así se crea el paralelismo que suele ser equidistante o contrapuesto.

La poesía unamuniana tiene a menudo estructuras tan rigurosas porque debe hacer frente a una sintaxis desarticulada, llena de giros afectivos y conversacionales, reflejo de un pensamiento original y apasionado... Este rigor muestra, a su vez, cómo hay que enjuiciar la leyenda de espontaneidad creadora atribuida a veces a Unamuno y que él cuidaba de mantener.

Tomar, pues, a Unamuno sólo como pensador, ensayista, es no tomar de él lo esencial. Otra cosa sería tomarlo como manejador de ideas, como divulgador del pensamiento profundo de aquellos a quienes eligió por maestros, especialmente por haberle éstos revelado su afinidad con él, Unamuno. Lo esencial en Unamuno es lo que le hace grande: su estilo y el estilo es poesía.

La obra del señor Josse de Kock es de carácter estrictamente técnico. No trata de comentar el valor humano, filosófico, artístico de don Miguel de Unamuno en el *Cancionero*. El objeto del autor es ilustrar con detalles el aspecto técnico en los poemas del *Cancionero*. Para recalcar precisamente determinados aciertos técnicos, el señor Josse de Kock recurre a comentarios muy justos, en general acordes con el mismísimo pensamiento de Unamuno respecto de su técnica. Así, las notas al pie de las páginas vienen a comprobar la solidez de dichos comentarios.

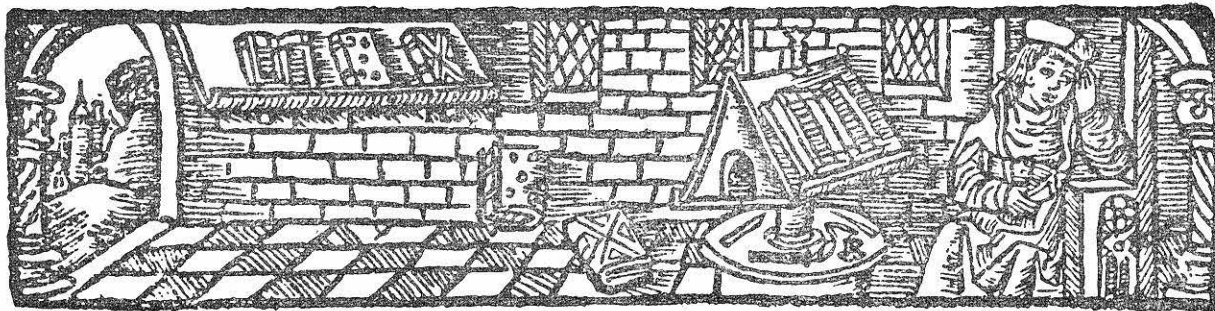
ARNOLDO PALACIOS.

LOS ESTUDIANTES PUERTORRIQUEÑOS PIDEN CURSOS EN ESPAÑOL

Cientos de estudiantes de la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico llevaron a cabo el año pasado una manifestación pacífica en demanda del empleo del idioma español en sus cursos.

Los estudiantes pidieron, asimismo, que los libros de texto sean en español, que se incluya un curso de la historia de Puerto Rico para la graduación de estudiantes y que a los profesores, después de cinco años de enseñanza, se les exija que hablen español.

Alrededor del 10 por 100 de las clases en las escuelas de Puerto Rico se imparten actualmente en inglés.



VALIOSO APORTE PARA LA METODOLOGIA DEL TRABAJO CIENTIFICO

JAIME LÓPEZ RAMÓN. — *Metodología del trabajo científico: Manual de forma*. Bogotá, Editorial Andes, 1969. 161 págs.

Este libro del profesor Jaime López Ramón constituye un valioso aporte a la enseñanza de la Metodología de la Investigación, incluida ya en los programas de estudio de la casi totalidad de las universidades colombianas y considerada universalmente como básica para la formación profesional.

El propósito del libro es el de sistematizar la enseñanza de dicha materia, aludiendo específicamente a la técnica para la redacción de informes, monografías y tesis. Logra el objetivo el autor al proponer, en forma que podríamos llamar cronológica, las etapas fundamentales del trabajo científico que, sin ceñirnos a los títulos, podríamos reseñar de la siguiente manera:

1. Elección y delimitación del tema
2. Documentación
3. Planeación
4. Elaboración del trabajo.

Por razones de orden didáctico propone el autor una serie de fases intermedias que aparentemente rompen el esquema básico de la obra, como podríamos apreciarlo al hacer un análisis de la titulación. Muy seguramente el investigador experimentado considerará excesiva o innecesaria esta serie de explicaciones, pero su omisión sería un notable obstáculo para el investigador que se inicia.

La elección del tema, primera fase del trabajo y capítulo inicial del libro, plantea en forma clara y suficiente los criterios que debe considerar quien se enfrenta al trabajo de investigación: conocimiento del asunto, agrado y recursos disponibles.

Aparece menos afortunado el autor al entrar a referirse a los criterios de delimitación, en donde, a pesar de no incurrir en error, no propone soluciones concretas al asunto. En este capítulo debió referirse el autor al planteamiento de los objetivos que más adelante encontrará el lector en los modelos, pero sin referencia previa a su importancia o al modo de expresarlos.

Posteriormente propone el autor las condiciones que debe tener el tema delimitado: original, novedoso, polémico, útil y documentable.

Al hacer la presentación del libro el profesor López hace una importante aclaración que nos permitimos transcribir:

Con el fin de que el estudiante no se cree confusiones, queremos advertirle que existen otros "métodos" o formas distintas de las que aquí explicamos, todas ellas también científicas. Nuestro método es el que nos ha parecido más comúnmente admitido y más fácil de aplicar y retener. El estudiante debe aprender uno; después, cuando esté más capacitado, usará aquel método que más se acomode a su modo de trabajo y a su personalidad.

La salvedad anterior justifica las posibles discrepancias que puedan surgir; valdría la pena sí mostrar cuáles son esos métodos a los que el autor se refiere, específicamente en lo tocante a la ficha bibliográfica, lo que el profesor López podría intentar, en su segunda edición, que estamos seguros va a aparecer muy pronto, unificar y facilitar su elaboración, que se nos antoja un tanto complicada.

Lo ideal en esta materia es lograr la unidad de un sistema de signos gráficos, puntuación, subrayados, comillas, orden de inclusión de cada

apartado, etc., con el fin de simplificar trabajo y facilitar el entendimiento común entre bibliógrafos, investigadores, editores e impresores. A este propósito el Instituto Caro y Cuervo ha procurado ajustarse a normas internacionales que mantiene con regularidad en sus trabajos y que deseáramos ver aplicadas en otras publicaciones colombianas.

En los pasos sucesivos el autor usa excelentes y abundantes modelos que se ajustan muy bien al propósito didáctico de la obra y que el alumno no encontraría fácilmente en libros similares.

En términos generales se puede concluir que la *Metodología del trabajo científico* del profesor López Ramón constituye el más serio intento de entregar a los estudiantes que se inician en la carrera universitaria un texto de estudio y una guía para el trabajo de investigación. Se ajusta muy bien a los programas que sobre la materia se desarrollan en las universidades colombianas y, dadas las excelentes condiciones docentes e investigativas del autor, nos permite esperar nuevos aportes sobre tan importante y novedosa área del conocimiento.

ORLANDO LLAMAS MENDOZA.

* * *

PROSAS DE JAIME BARRERA PARRA

JAIME BARRERA PARRA. — *Prosas de Jaime Barrera Parra*. 1ª ed. Bogotá, Ediciones Continente, 1969. 347 págs. ilus. 21½ cms. Publicaciones de la Empresa Colombiana de Petróleos-ECOPETROL.

El patrocinio de la Empresa Colombiana de Petróleos (ECOPETROL) ha hecho posible la presentación a la generación actual de un escritor colombiano que no sólo por la posición que ocupó en el periodismo, sino ante todo por sus valores intrínsecos, llegó a convertirse en guía literario de una generación anterior.

Las *Notas del Week-end* fueron como un patrón sobre el cual se ejercitaron los jóvenes escritores de los años treinta. Y esas notas son re-

cogidas en su totalidad en este libro, mostrando una versatilidad que les ha impedido volverse anacrónicas con el correr de los años. Son pequeñas piezas que todavía hoy despiertan interés y que de paso muestran cómo algunos malabares y acrobacias que ahora se intentan como cosa novísima, ya se habían hecho. La obra, cuidadosamente editada, incluye un *Epistolario*. Son cartas dirigidas en su mayor parte a un amigo y paisano con quien Barrera Parra recordaba sus años de permanencia en Europa, especialmente sus experiencias en la ciudad de Barcelona (España).

Bajo el título de *Tierras y gentes* han sido agrupadas producciones de diversa índole, pero entre ellas queremos destacar las relacionadas con los personajes (reales o ficticios) llamados Mr. Ryan y Elizabeth Douglas, alrededor de los cuales el escritor que fue entregando su obra a los periódicos ocupa con bastante propiedad los predios de la creación literaria. Esto mismo acontece con la nota (dialogada) sobre el joven que lleva un cuento para ser publicado y que resulta autor del cobarde homicidio relatado en ese cuento. En este caso, Barrera Parra hace un importante didactismo moral pronunciándose contra el criterio revanchista y los falsos conceptos del honor.

El afecto que el autor profesaba a su tierra natal de Santander y que expresó con acendrados elogios de la vida aldena, no le impidió penetrar en los accidentes topográficos y espirituales de Antioquia, región sobre la cual escribió líneas sensatas y páginas líricas. Tan reflexiva y aguda como el análisis de la pintura de Pedro Nel Gómez es la presentación del minero barbudo que suspende la explotación de filones de oro para ir muy lejos a dar una serenata. En esa tierra de Tomás Carrasquilla, donde Barrera Parra murió aplastado por el cielorraso de un teatro, se produjeron las mejores páginas de este libro, presentadas bajo el título de *Panorama antioqueño*.

Se observa en estas prosas la inclinación a desechar ciertas voces castellanas, reemplazándolas por vocablos y giros extranjeros. Tal es el caso de la tarjeta postal, que el autor llama siempre "cartolina postale", así como dice "up-to-date" en vez de decir a la moda, o a la última moda. Pero eran quizá costumbres literarias de la época. Según parece, fue por ese entonces cuando François Mauriac tituló *Block-Notes* sus comentarios en el *Figaro* de París. Y se da también el

caso de escritores extranjeros que encuentran más expresivas ciertas palabras castellanas que las correspondientes en el idioma propio. Recordamos el caso del escritor francés que para expresar la negación absoluta de toda existencia y de toda cosa empleó la palabra *nada*.

Barrera Parra fue entregando su obra a los pe-
riódicos. Sin embargo, es notoria en ella la elabo-
ración, cierto sentido de responsabilidad que no
le permitía acogerse a la absolución anticipada de
la *prisa* periodística, y elaboraba, no sólo en lo
estilístico sino también en lo intelectual y lo es-
piritual.

CARLOS DELGADO NIETO.

* * *

EL SECRETO DEL DETALLE

LUIS FAYAD. — *Los sonidos del fuego*. Bogotá,
Ediciones Testimonio, 1968. 71 págs. 3 h.

Ocho cuentos contiene este primer libro del
joven escritor colombiano Luis Fayad, impreso
por cuenta de Ediciones Testimonio.

Muestra el autor una especial preocupación
por lo que Gorki llamaba el secreto del detalle,
así como por las circunstancias personales y de
ambiente que inciden directamente en las rela-
ciones humanas. Se muestra, en cambio, bastante
despreocupado por lo relacionado con el estilo
y aun con la simple redacción. No trata, sin em-
bargo, de alambicar, de sofisticar, y presenta con
sencillez hechos y circunstancias que quizá por
eso mismo tienen mucha fuerza.

“Las palabras eran lanzadas lentamente, apa-
recían pausadas y sin forma, y con solo salir se
escurrían como muriéndose de cansancio”. Es una
frase del tercer cuento, titulado *Más allá de la
cuesta* y al cual queremos referirnos en particu-
lar. Es una pequeña obra de mucha calidad y
autenticidad, no obstante que a lo largo de ella
se recuerdan los insuperables ambientes, las at-
mósferas del mejicano Juan Rulfo. Dos campe-
-

nos buscan, subiendo una cuesta, un sitio ade-
cuado para darle sepultura (sin ataúd) a un
hombre que ha sido asesinado. No trata el autor
de esclarecer ese asesinato, y esto ya es bastante
en nuestra época literaria, tan cargada de inves-
tigaciones policíacas y en la cual se le otorga a
la causa de la muerte más entidad que a la muer-
te misma, destacándose al violento por encima
de la violencia. *Más allá de la cuesta* es un cuento
esencialmente mágico, y el ambiente de magia
está muy bien logrado, convirtiéndose fenómenos
naturales en sobrenaturales. El viento, por ejem-
plo, es allí mucho más que un hecho físico, es
un heraldo y un conjuro.

Algo semejante a lo anotado sobre el viento
sucede con el calor, no sólo en el cuento mencio-
nado sino también en los demás. El calor es una
constante del libro, que afecta más al espíritu
que al cuerpo.

Una sátira escenificada es el cuento titulado
Esperando el amanecer. En el siguiente, *Justo
Montes*, se alcanza a ver el plan previo, que le
resta espontaneidad al relato, o al doble relato,
ya que el plan a que nos referimos incluyó el
doble pretérito. Y otra vez con Justo Montes y
el pueblo fantasmagórico se recuerda a Rulfo.
Sin embargo, el cuento posee buena factura, es
como una de esas tareas consistentes en que los
estudiantes escriben una o más páginas “a lo
Hugo”, a lo Cortázar; en este caso es a lo Rulfo,
y la tarea está bien hecha.

El cuento que da título al libro y que se en-
cuentra al final de éste, es el más desarrollado,
el más completo podría decirse. El autor se en-
frenta en él a un mayor número de personajes,
y sale bastante airoso de la prueba, a pesar del
argentinismo *recién* y de otras fallas lingüísticas.

El único cuento escrito en primera persona
es *La casa en las afueras del pueblo*, que muestra
un poco de humor, característica que en general
está ausente del libro. En ese cuento, el joven
escritor decide ensayar parcialmente algo que está
de moda: tratar de hacer revolución literaria o bus-
car más fuerza expresiva prescindiendo de los sig-
nos de puntuación.

De todos modos, Luis Fayad puede ser pronto
un positivo valor de las letras colombianas.

CARLOS DELGADO NIETO.

S O U V E N I R

*Para la revista Noticias Culturales a cargo
de mi dilecto amigo e ilustre caballero
Dr. ISMAEL ENRIQUE DELGADO TÉLLEZ.*

I

Poseidón: ¿me regalas el mar?... ¿Me lo regalas?
(He de llevarlo al hombro cual cantarino terció).

Regálame tu mar, donde el recuerdo
de lejana pasión tripula mi regreso.

Regálame la mar, valija policroma,
colmada con siluetas de los cielos
y a cuya bóveda azur, en lontananza,
devora la humedad con lujo de pinceles
en rugidos de mágica leona.

Regálame tu mar enamorado
que besa los pinreles de las palmas
y en los brazos columpia las mujeres.

¡Mar hambriento de luz! En la garganta
retiene al sol y se recrea
con el llanto furtivo de la luna.

¡Mar, cuyas nubes son artísticas obreras
en fabricar paisajes trashumantes:
castillos albos..., colinas áureas...,
encendidos espirales... que al paso de las lluvias o del tiempo
se truecan en homéricos fantasmas!

II

Si no me das el mar...
dame sus caracolas,
estereofónicos baffles naturales
¡do escucho, Poseidón, tu voz undísona
cantando himnos alegres de la Costa!

Si no me das el mar...
regálame un vuelo de gaviotas;
el peregrinar de sus peces multicromos;
una palmera fatigada por las danzas
de gala que anfitriona el viento;
una sonrisa de veleras barcas;
la sencillez de los pescadores;
un diálogo de flautas y tambores;
un jirón de tus playas... ¡Un trago de ron y una cumbiamba!

ÁLVARO SUÁREZ

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

LIBROS INCORPORADOS EN EL MES DE FEBRERO DE 1970

- ALBRECHT, GÜNTER, *redactor*. — Internationale Bibliographie zur Geschichte der deutschen Literatur von den Anfängen bis zur Gegenwart. Erarbeitet von deutschen ... Wissenschaftlern unter Leitung und Gesamtdirektion von Günter Albrecht und Günther Dahlke. Berlin, Volk und Wissen Volkseigener Verlag, 1969. 1045 p. 24 cm. (Geschichte der Deutschen Literatur). Contenido. - Pt. 1^a: Von den Anfängen bis 1789.
- ALESSIO ROBLES, VITO. — El barón Alejandro de Humboldt. [La Habana], Casa de las Américas, 1969. 246 p., 1 h. 18½ cm. Contenido: Alejandro de Humboldt: su vida y su obra, por Vito Alessio Robles. - Introducción bibliográfica, por Fernando Ortiz, págs. 120-246.
- ARIZMENDI POSADA, OCTAVIO, Ministro de Educación Nacional. — La transformación educativa nacional ... Bogotá, [Imp. Patriótica del Instituto Caro y Cuervo], 1969. xvi, 227 p., 2 h. ilus. (tabs.), láms. (incl. fotos). 24 cm. Contenido: Memoria del Señor Ministro de Educación ... al Congreso Nacional, correspondiente al período septiembre 1968-septiembre 1969.
- AZÁROVA, M. M., *coautor*. — Antología de la economía política [por] M. M. Azárova y N. V. Bautina. Bogotá, D. E., Ediciones Suramérica, 1969. 232 p., 1 h. 22½ cm. Traducción al español por Teodosio Varela.
- BAHNER, WERNER, *ed.* — Literaturgeschichte als geschichtlicher Auftrag. Werner Krauss zum 60. Geburtstag. Festgabe von seinen Leipziger Kollegen und Schülern ... Berlin, Rütten und Loening, [1961]. 293 p. 24 cm.
- BARBARO, ERMOLAO. — De coelibatu. De officio legati. Edizione critica a cura di Vittore Branca. Con un'appendice alle "Epistolae, Orationes et Carmina". Firenze (Italia), Leo S. Olschki, 1969. viii, 241 p., 1 h. ilus., láms. (incl. rets., facsím.). 22 cm. (Nuova Collezione di Testi Umanistici Inediti o Rari, 14).
- CACCIA, ETTORE. — Tecniche e valori dal Manzoni al Verga. Firenze (Italia), Leo S. Olschki Editore, 1969. ix, 284 p. 23½ cm. (Biblioteca dell'Archivum Romanicum. Serie I: Storia, Letteratura, Paleografia, 99).
- CANGIOTTI, GUALTIERO. — Pío Baroja "Osservatore" del costume italiano. Urbino (Italia), Argalia Editore, [1969]. 219 p., 1 h. 21 cm. (Pubblicazioni dell'Università di Urbino. Serie di Lettere e Filosofia, 24).
- CASAS, BARTOLOMÉ DE LAS, Obispo de Chiapas. — De Regia Potestate o Derecho de Autodeterminación. Edición crítica bilingüe por Luciano Pereña, J. M. Pérez-Prendes, Vidal Abril y Joaquín Azcárraga. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1969. clvii, 316 p. 20½ cm. (Corpus Hispanorum de Pace, 8). Texto en latín y en español.
- CIOCCHINI, HÉCTOR. — Los trabajos de Anfión. [Bahía Blanca (Argentina)], Universidad Nacional del Sur, [1969]. 120 p., 1 h. 23½ cm. (Cuadernos del Sur).
- CONGRESOS PANAMERICANOS DE CARRETERAS. Comisión Técnica de Terminología, *comp.* — Informe del Presidente. Bogotá, D. E., Ministerio de Obras Públicas, 1969. ix, 368, iv p., 1 h. 27½ cm. Contenido: Glosario técnico, por Alfredo Bateman Quijano.
- CORDOVEZ MOURE, JOSÉ MARÍA. — Reminiscencias de Santafé y Bogotá. Bogotá, D. E., [Ediciones Sol y Luna], 1966. 2 v. 17 cm. (Biblioteca Schering Corporation U. S. A. Serie: Costumbres, 61, 62).
- CUADRA, PABLO ANTONIO. — El nicaragüense. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1969. 164 p., 2 h. láms. 17 cm.
- CVITANOVIC, DINKO, *comp.* — El sueño y su representación en el barroco español ... Bahía Blanca (Argentina), Universidad Nacional del Sur, Instituto de Humanidades, [1969]. 188 p. 22 cm. (Cuadernos del Sur). Compilación de ensayos de los siguientes autores: Mercedes Paglialunga de Tuma, Mario Merino, Raúl R. Iriarte, Carlota Canal de Capurro, Susana Frentzel Beyme y otros.

- DUSSEL, ENRIQUE. — La problemática del bien común en el pensar griego hasta Aristóteles. Resistencia (Argentina), Universidad Nacional del Nordeste, Departamento de Extensión Universitaria y Ampliación de Estudios, 1968. 82 p., 1 h. 21½ cm. (Serie Humanidades, 4).
- ESQUER TORRES, RAMÓN, *comp.* — La colección dramática "El Teatro Moderno". Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Miguel de Cervantes, 1969. xviii, 365 p. 21½ cm. (Anejos de la Revista Segismundo, 2).
- FLEISCHER, WOLFGANG. — Wortbildung der deutschen Gegenwartssprache. Leipzig (Alemania), Veb Bibliographisches Institut, 1969. 326 p., 1 h. 21½ cm.
- FRINGS, THEODOR. — Grundlegung einer Geschichte der deutschen Sprache ... Dritte erweiterte Auflage. Halle (Alemania), Veb Max Niemeyer Verlag, 1957. 174 p. illus. (mapas). 24 cm. 9. - 15. Tausend. Mit 69 Karten.
- GHIGLIERI, PAOLO. — La grafia del Machiavelli studiata negli autografi. Firenze (Italia), Leo S. Olschki Editore, 1969. 361 p., 1 h. 23½ cm. (Biblioteca dell'Archivum Romanicum. Serie II: Linguistica, 34).
- GIANNANTONIO, POMPEO. — Dante e l'Allegorismo. Firenze (Italia), Leo S. Olschki Editore, 1969. viii, 428 p. 23½ cm. (Biblioteca dell'Archivum Romanicum. Serie I: Storia, Letteratura, Paleografia, 100).
- GÓMEZ SANTOS, MARINO. — 11 españoles universales. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1969. 416 p., 3 h. 20½ cm.
- GONZÁLEZ, FERNANDO. — Mi Simón Bolívar (Lucas Ochoa). [3ª ed.]. [Medellín (Colombia)], Edit. Bedout, [1969]. 258 p., 1 h. 18½ cm. (Bolsilibros Bedout, 55).
- GRACIÁN, BALTASAR, S. I. — Obras completas. Edición y estudio preliminar de Miguel Batllori y Ceferino Peralta. Madrid, Ediciones Atlas, 1969. 1 v. 24½ cm. (Biblioteca de Autores Españoles, 229). Contenido. - t. 1: El héroe. - El político. - El discreto. - El oráculo manual.
- GRAESER, ANDREAS. — Probleme der platonischen Seelenteilungslehre. Überlegungen zur Frage der Kontinuität in Denken Platons ... München, C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, 1969. vi, 177 p., 1 h. 24 cm. (Zetemata. Monographien zur klassischen Altertumswissenschaft, 47).
- GUERRA, LUIS ALEJANDRO, *comp.* — Legislación escolar colombiana. [Bogotá], Edit. Voluntad, [1969]. 570 p. 14 cm.
- GYSI, CLAUS, *redactor.* — Klassik. [Fünfte, durchgesehene Auflage]. Berlin, Volk und Wissen Volkseigener Verlag, 1967. 507 p. 21½ cm. (Erläuterungen zur Deutschen Literatur). Contenido. - I: Von Sturm und Drang zur Klassik. - II: Die Klassik als Höhepunkt der deutschen Literatur.
- HEINZ IHLENBURG, KARL. — Das Nibelungenlied. Problem und Gehalt. Berlin, Akademie-Verlag, 1969. 198 p. 24 cm.
- HELBIG, GERHARD, *coautor.* — Wörterbuch zur Valenz und Distribution deutscher Verben [von] Gerhard Helbig [und] Wolfgang Schenkel. Leipzig (Alemania), Veb Bibliographisches Institut, 1969. 311 p. 21½ cm.
- HERRERA Y REISSIG, JULIO. — Seis sonetos y un poema. Reproducción facsimilar. Estudio de variantes por Alicia Casas. Montevideo, Biblioteca Nacional, Departamento de Investigaciones, 1969. 86 p., 1 h. front. (ret.), láms. (facsíms.). 30½ cm.
- HRISTEA, THEODOR. — Probleme de etimologie. București, Editura Științifică, 1968. 383 p. 19½ cm.
- INSTITUTO PEDAGÓGICO EXPERIMENTAL. Departamento de Literatura e Idiomas Modernos. — Fundamentos en estudios estilísticos. [Barquisimeto (Venezuela)], Instituto Pedagógico Experimental, 1969. 109 p. (anv.). 27 cm. (Cuadernos de Estudios Literarios y Lingüísticos, 6). Compilación de varios estudios sobre Estilística por diferentes autores.
- JARMATZ, KLAUS. — Literatur im Exil. Berlin, Dietz Verlag, 1966. 300 p., 2 h. 20 cm.
- JUARROZ, ROBERTO. — Guatemala. Plan para el desarrollo de las Bibliotecas Públicas y Escolares, 20 de enero-6 de abril de 1968 ... Tucumán (Argentina), Universidad Nacional de Tucumán, Biblioteca Central, 1968. 64 p. illus. (tabs.). 23 cm. (Ciencia de la Documentación. Serie II: La Biblioteca, 4).
- KLIEN, HORST, *ed.* — Der Grosse Duden. Wörterbuch und Leitfaden der deutschen Recht-

- schreibung ... 16. Auflage ... Leipzig (Alemania), Veb Bibliographisches Institut, 1969. xxix, 735 p. 21 cm.
- KRAUSS, WERNER. — Aufsätze zur Literatur-Geschichte. Leipzig (Alemania), Verlag Philipp Reclam, [1965]. 428 p., 2 h. 16½ cm. (Universal Bibliothek, 199).
- KRAUSS, WERNER. — Studien und Aufsätze. Berlin, Rütten und Loening, [1959]. 213 p., 1 h. 24 cm. (Neue Beiträge zur Literaturwissenschaft, 8).
- KRAUSS, WERNER. — Studien zur deutschen und französischen Aufklärung. Berlin, Rutten und Loening, [1963]. 567 p., 1 h. 24 cm. (Neue Beiträge zur Literaturwissenschaft, 16).
- LAURENTI, JOSEPH L. — Ensayo de una bibliografía de la novela picaresca española, años 1554-1964 ... Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1968. 151 p. 24½ cm. (Cuadernos Bibliográficos, 23).
- MARROQUÍN, JOSÉ MANUEL. — Nuevo diccionario ortográfico de las voces castellanas cuya ortografía puede ofrecer dificultad. 30ª ed. [Bogotá, D. E.], Voluntad, [1969]. 243 p. 16 cm. Contenido: Voces aceptadas hasta el presente por la Real Academia Española.
- MASSA, RICARDO, *comp., pról.* — Rega Molina y San Nicolás ... La Plata (Argentina), Ministerio de Educación, Subsecretaría de Cultura, Provincia de Buenos Aires, [1969]. 67 p. 22 cm. (Cuadernos del Instituto de Literatura. Serie: "Nuestra Provincia", 1).
- MIEGGE, MARIO. — I talenti messi a profitto. L'interpretazione della parabola dei denari affidati ai servi dalla Chiesa antica a Calvino. Urbino (Italia), Argalia Editore, [1969]. 142 p., 1 h. 21 cm. (Pubblicazioni dell'Università di Urbino).
- MIENSCHIKÓV, S. M. — La economía del capitalismo y sus contradicciones en la etapa actual. [Bogotá, D. E., Ediciones Suramérica, 1970]. 132 p., 2 h. ilus. (tabs.) 20 cm. Edición en ruso: Moscú, Edit. Pensamiento, 1966. Traducción al español por Teodosio Varela.
- MORÍNIGO, MARCOS A. — Estudio preliminar a El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha. Miguel de Cervantes Saavedra. Buenos Aires, Edit. Universitaria, [1969]. xlvii p. ilus. 22½ cm. Separata de la edición de la Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- MUÑOZ, LAURENTINO. — Tratado elemental de higiene para la educación pública. 2ª ed. Bogotá, [Imp. del Departamento], 1944. 479 p. ilus. (rets., tabs., planos) 25 cm.
- OREL, HAROLD, *ed.* — The Nineteenth-Century writer and his audience. Selected problems in theory, form, and content by W. P. Albrecht, Edwin M. Eigner y otros. Edited by Harold Orel and George J. Worth. Lawrence, Kansas, University of Kansas Publications, 1969. viii, 123 p., 1 h. 22½ cm. (University of Kansas Humanistic Studies, 40).
- ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA EDUCACIÓN, LA CIENCIA Y LA CULTURA, *ed.* — Reunión de expertos sobre el desarrollo de las Bibliotecas Escolares en América Central, Guatemala, 29 de julio-2 de agosto de 1968. Tucumán (Argentina), Universidad Nacional de Tucumán, Biblioteca Central, 1969. 98 p. ilus. (tabs.) 23 cm. (Ciencia de la Documentación. Serie II: La Biblioteca, 6).
- ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA EDUCACIÓN, LA CIENCIA Y LA CULTURA, *ed.* — Reunión de expertos sobre el fomento del libro en América Latina (Bogotá, 9-15 de septiembre de 1969). París, [s. Edit.], 1969. 25, 6 p. 26½ cm. Contenido: Informe final. Reunión de Bogotá.
- PAUL, HERMANN. — Deutsche Grammatik ... Halle (Alemania), Veb Max Niemeyer Verlag, 1959. 4 v. 21 cm. Contenido. - t. 1: Geschichtliche Einleitung. - t. 2: Flexionslehre. - t. 3: Syntax. Erste Hälfte. - t. 4: Syntax. Zweite Hälfte.
- PERDOMO RIVERA, SAÚL. — Me lo contó mi abuelo. Neiva (Colombia), [Imp. Departamental], 1969. 221 p., 1 h. 13 x 16 cm.
- POTTIER, BERNARD. — Grammaire de l'espagnol ... Paris, Presses Universitaires de France, 1969. 126, 8 p. ilus. (incl. tabs.) 17½ cm. (Que Sais-Je? Le Point des Connaissances Actuelles, 1354). Contenido. - I: Les moyens d'expression. - II: La syntaxe de l'enoncé. - III: Les classes sémantiques. - IV. - Le mécanisme de la communication.
- QUINTERO MESA, ROSA, *comp.* — Colombia. Ann Arbor, Michigan, University Microfilms, A Xerox Company, 1968. xv, 137, 3 p. 28 cm. (Latin American Serial Documents, 1).

- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Madrid*, ed. — Nuevas normas de prosodia y ortografía (Declaradas de aplicación preceptiva desde enero de 1969). [Bogotá, D. E.], Edit. Voluntad, [1969]. 119 p. 19 cm. (Biblioteca del Educador, 4).
- RIAÑO, CAMILO. — La Campaña Libertadora de 1819. [Bogotá, D. E., Edit. Andes, 1969]. 312 p., 20 h. ilus. (incl. rets.), mapas dobls. 23 cm. Sesquicentenario de la Campaña Libertadora de 1819.
- ROJAS ROJAS, EFRAÍN. — Centroamérica. Bibliotecas escolares y centros de formación de bibliotecarios (septiembre-diciembre de 1966). Estudio preliminar ... Tucumán (Argentina), Universidad Nacional de Tucumán, Biblioteca Central, 1968. 44 p., 1 h. ilus. (tabs.) 23 cm. (Ciencia de la Documentación. Serie II: La Biblioteca, 5).
- RÓMULO, CARLOS P. — La Universidad de Filipinas y el lenguaje español. [Manila, Universidad de Filipinas, s. a.]. 18 p. (anv.) 27 cm. Discurso de aceptación del Dr. Carlos P. Rómulo, Presidente de la Universidad de Filipinas.
- SCHMIDT, WILHELM, y otros. — Geschichte der deutschen Sprache. Mit Texten und Übersetzungshilfen. Verfasst von einem Autorenkollektiv unter Leitung von Wilhelm Schmidt. [Berlín], Volk und Wissen Volkseigener Verlag, 1969. 428 p. tabs. dobls. sueltas 24 cm.
- SEMINARIO DE HISTORIA MODERNA, *Navarra*, comp. — Documentos del reinado de Fernando VII. Estudio preliminar y notas por Federico Suárez y Ana María Berazaluze. Navarra (España), Universidad de Navarra, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1968, 1969. 3 v. front. (lám.) 21½ cm. (Colección Histórica de la Universidad de Navarra, 20). Contenido: t. 1, 2 y 3: V. Pedro Sainz de Andino. Escritos. - Creación del Ministerio del Interior.
- STÖTZER, URSULA, *coautor*. — Wörterbuch der deutschen Aussprache. Leipzig, Veb Bibliographisches Institut, 1969. 549 p. ilus. 21½ cm. Herausgegeben von dem Kollektiv: Hans Krech, Eva-Maria Krech, Eduard Kurka, Helmut Stelzig, Eberhard Stock, Ursula Stötzer und Rudi Teske.
- TETEL, MARCEL. — Rabelais et l'Italie. Firenze (Italia), Leo S. Olschki Editore, 1969. 314 p. 23½ cm. (Biblioteca dell'Archivum Romanicum. Serie I: Storia, Letteratura, Paleografia, 102).
- THOUZELLIER, CHRISTINE. — Hérésie et hérétiques. Vaudois, Cathares, Patarins, Albigeois. Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1969. viii, 273 p., 7 h. láms. (mapas) 25 cm. (Storia e Letteratura, 116).
- TISSERA, RAMÓN. — Actualidad de las misiones guaraníes. Ensayo sobre el espíritu ortodoxo. [Resistencia, Chaco (Argentina), Universidad Nacional del Nordeste, 1968]. 73 p. 26 cm. (Serie Extensión Universitaria, 4).
- TORRES NEIRA, HERNANDO. — "Susatá". Bogotá, Edit. Kelly, 1970. 204 p. 17 cm.
- UNION ACADÉMIQUE INTERNACIONALE, *Bruxelles*. — Compte rendu de la quarante-troisième session annuelle du Comité, Paris, du 10 au 14 juin 1969. Bruxelles, Secrétariat Administratif de l'UAI, 1969. 178 p., 1 h. 24½ cm.
- VALDERRAMA, LUIS E., *coautor*. — Reconocimiento forestal del departamento de Cundinamarca, por Luis E. Valderrama, Elmo Montenegro y Jaime Galindo. Bogotá, D. E., Instituto Geográfico "Agustín Codazzi", Departamento Agrológico, 1964. 86, 4 p. ilus. (incl. tabs), láms. (fotos., planos), mapa dobl. col. 27½ cm.
- VÉREZ PERAZA, ELENA. — Falleció el doctor Peraza. Coral Gables, Florida, University of Miami Branch, 1969. págs. 82-87 ilus. (ret.) 28 cm. Separata de "Trimestre Bibliográfico", núms. 26-27, octubre-diciembre de 1968 y enero-marzo de 1969. Texto en español y en inglés. Tradujo al inglés Esperanza Silvestre.
- VIRGIL, A. — Ghid de conversatie român-italian ... București, Editura Științifică, 1968. 186 p., 3 h. 16 cm.
- VIRGIL, A. — Guida di conversazione italiano-romena ... București, Editura Științifică, 1968. 171 p., 2 h. front. (mapa) 16 cm.
- VISCA, ARTURO SERGIO. — Conversando con Zum Felde. [Montevideo], Biblioteca Nacional, Departamento de Investigaciones, [1969]. 54 p., 1 h. láms. (rets.) 24 cm. (Reportajes Culturales, 1).